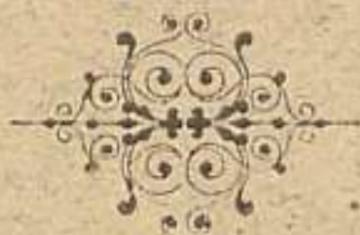


**G**RANDEZAS DEL PASADO  
♦♦♦♦♦♦♦♦ ESCRIBIÓLAS Y  
SÁCALAS Á LUZ DON ANDRÉS  
BLANCO Y GARCÍA. ♦♦♦♦♦♦♦♦



♦♦♦♦♦ MURCIA. TIPO-  
GRAFÍA DE «LA VERDAD»  
AÑO DE MCMV. ♦♦♦♦♦

BIBLIOTECA REGIONAL



1487623

2387987



# Grandezas del Pasado

DMU

20103

tit. 24235A

# OBRA DEL MISMO AUTOR

---

## EN PROSA

INFORTUNIO, novela (edición agotada).

ESCENAS MURCIANAS, (id.)

ESTUDIOS Y PASATIEMPOS.

HUERTANOS Y FRANCESES, novela regional  
(edición casi agotada).

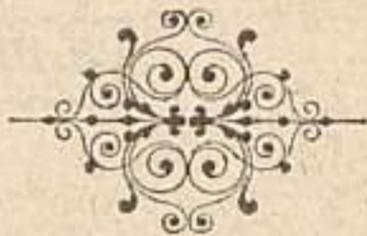
EL TESORO DE LA REINA, novela regional.

## EN VERSO

NOTAS DISCORDANTES.

**G**RANDEZAS DEL PASADO.

ESCRIBIÓLAS Y SÁCALAS Á LUZ  
DON ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA.



◆◆◆◆◆ MURCIA. TIPO-  
GRAFÍA DE «LA VERDAD»  
AÑO DE MCMV. ◆◆◆◆◆

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



## DEDICATORIA

SR. D. JOSÉ BLAYA.

*Mi querido amigo: Mientras gran parte de los publicistas dedican sus libros á personas de renombre ó de alto influjo, para obtener apoyos de valia ó facilidades en la venta de sus obras, yo, singularizándome en lo posible, me he fijado en usted, hombre modesto y ageno á toda pretensión artística, para dedicarle con verdadera cordialidad este deshilvanado conjunto de versos y prosa, y tener el gusto de que su nombre vaya estampado al frente de estas líneas.*

*La razón en que me fundo es la siguiente:*

*Hay en este país no pocas personalidades que, por su cultura ó por su posición, están llamadas á figurar á la cabeza de empresas de importan-*

cia, bien estimulando las condiciones de la juventud estudiosa, bien fomentando sociedades de artes y letras, á fin de que no se malogren aptitudes felicísimas, bien premiando trabajos y constancias de no pocos que sólo obtienen cosechas de desengaños cuando esperaban recoger dulcísimos frutos, hijos legítimos de sus tareas y desvelos. Y sin embargo, esas personalidades permanecen indiferentes á toda idea de progreso y adelanto. Consumen el inapreciable tesoro del tiempo en charlas ridículas é insulsas de una estéril politiquería que ha traído, como última consecuencia, el desprestigio y hundimiento de la nación, y olvidanse poco á poco del movimiento de las ciencias ó de las artes, como si todo el humano saber estuviera compendiado en averiguar si la frase del ministro A. tiene más trascendencia que la del cacique B., ó si el diputado X. ha sido derrotado en el distrito de Z.

Usted, desde luego, ignora lo que dicen Maura y Silvela: no se ocupa de Canalejas ni de Romero Robledo: le tiene sin cuidado, aunque lo sienta un tanto, que García Alix desprecie ó aborrezca, sin motivo, la tierra donde nació: le es indiferente que se insulten Blasco Ibañez y Soriano: no se duele ni se alegra de que baje ó suba Villaverde: en una palabra, usted, en ese terreno no quiere ser de los tontos ni de los

*vividores, que son como debieran llamarse los adeptos de los bandos en que se dividen los fulanistas, y que sólo sirven para echar astillas á la hoguera del politiquismo, el cual no es otra cosa que el arte de engañar, explotar y tragarse al país.*

*Por el contrario, usted está siempre dispuesto á favorecer cualquier empresa de mérito y de importancia. Lo mismo en sociedades artísticas que en centros donde se dé á la vida estímulos y recreos, allí se le ve á usted activo, entusiasta, dadivoso y hasta espléndido, distinguiéndose siempre, á pesar de querer permanecer ignorado, y alentando á unos y á otros con sus halagos y su ejemplo.*

*Dije antes que no tiene usted pretensiones artísticas; y no obstante de ser una verdad, he podido ver en más de una ocasión que le entusiasma el arte y comprende y siente sus bellezas. Para aumentar su buen gusto, busca usted la compañía de personas de sólida cultura, y disfruta largamente oyendo hablar de música, de pintura y de poesía, como si su alma necesitara de esas expansiones para vivir en una atmósfera pura, lejos de las pequeñeces y miserias de la sociedad.*

*Lo mismo que yo, lamenta y deplora los muchos desengaños y sinsabores que de su propia tierra ha recogido, aunque por mi parte he*

procurado devorarlos en el silencio más profundo, por lo mismo que á nadie le interesan; pero como yo también, perdona y olvida los daños recibidos, en aras del deber que todos tenemos de amar al país donde hemos abierto los ojos á la luz, deseándole, en pago de sus malas obras, toda suerte de prosperidades y grandezas.

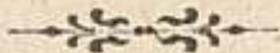
En una palabra: es usted lo que se llama un buen murciano, un hombre amante y entusiasta de esta tierra digna de mejor suerte, cifrando todas sus ambiciones en vivir á la sombra protectora del gigante campanario, que parece reflejar todas las alegrías de las flores de la vega y todos los matices del hermoso cielo que, á manera de inmenso dosel que se pierde en lo infinito, cubre como manto protector las bellezas prodigiosas de este tan privilegiado cuanto abandonado suelo.

Tal es la causa que me impulsa á dedicarle esta obreja que, á pesar de su poco ó ningún valor literario, tiene por objeto exclusivo ver el mejor modo de mantener en usted el fuego sacro de sus entusiasmos y aficiones, para que algún día pueda con largueza servir de egida á cualquiera de esos jóvenes que hoy esgrimen sus primeras armas en el palenque de las letras, y que tal vez han de necesitar quien les aliente y les estimule en las tareas del porvenir.

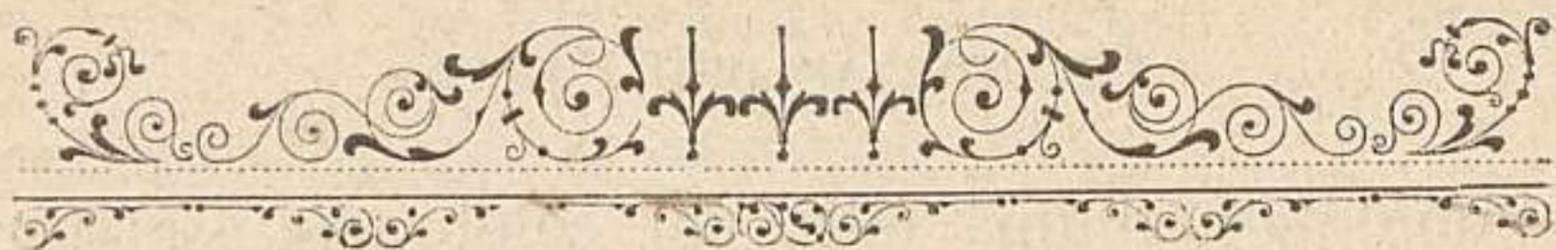
---

*Y aqui termino esta desaliñada epístola, esperando que lea cuanto á continuación verá; y si en ello encuentra alguna distracción y gusto, siquiera por llevar su imaginación un momento á las épocas en que nuestra pobre pátria significaba y valia mucho más que en estos tiempos de completa degeneración, quedará complacido su amigo que le quiere y le desea prosperidades sin cuento,*

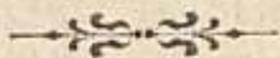
Andrés Blanco y Garcia







## *CUATRO PALABRAS*



El epígrafe de que me sirvo para saludar á mis lectores (si por dicha los tengo), es harto vulgar y manoseado por todo linaje de prologuistas; pero no por esto le califico de inadecuado é inconveniente, si advertimos el conjunto de trabajos que, ya con el nombre de prefacio, introducción, prólogo, intróito, átrio y hasta con el menos común de pórtico, según costumbre establecida por infinidad de sisontes de allende y de aquende los mares, se sacaron á la pública luz. Además, otra razón que pesa bastante en la balanza de mis juicios, acaso la única capaz de salvarme del pecado, me lo ordena. Avizore el oido el curioso lector, y perdóneme el atrevimiento de haber puesto mi mano pecadora en las primeras páginas de un libro,

debido á la pluma feliz del celebrado escritor D. Andrés Blanco.

Cuando se imprime una obra versificada, en estos venturosos dias de prosa... ¡ay, sí, de demasiada prosa!..., lo que atañe á todo prologuista tan novato como yo, es hablar poco y cuerdamente, porque la prosa, en toda clase de escuelas, géneros y tendencias, si no es, ni con mucho, la *gerga animal del sér humano*, como en un arranque de desenfado peculiar aseveró nuestro más insigne humorista, es una señora entrada en años, mediana de cuerpo, dura de facciones y modesta de ropaje, que no puede competir con la perpétua juventud, la belleza inalterable y la gracia singular de la poesía, la más conmovedora, difícil y trascendental entre todas las artes mayores y menores.

Mi criterio sobre materia tan manoseada y controvertida, por suerte, no es original, ni pretendo el absurdo de hacer mío el pensamiento, pues la insigne pléyade de casi todos los maestros españoles y de fuera lo han vulgarizado y discutido suficientemente. Para hacer uso de alguna cita provechosa, no me motejarán con el rebajado calificativo de embustero ni Teine, ni Mario Pilo, ni Balart, ni Valera, ni Alas, ni Revilla, ni Castro, etc., etc., ni otros peces insignes de la Crítica, que fueron siempre acreedores á ser ensalzados y saludados con profundísimo res-

peto por toda la caterva menuda de pececillos... de agua dulce.

El ritmo poético ennoblece, dignifica y abri-llanta, como ninguna forma de expresión, las ideas y los sentimientos que componen toda obra de arte. Cuatro estrofas arrogantes de Quintana, una ardorosa y valentísima composición de Espronceda, una amarga elegía de Pastor Díaz, un romance caballeresco del Duque de Rivas, una leyenda harmoniosa de Zorrilla, una poesía, impecable en su forma y profundísima en su espíritu, de Nuñez de Arce, una balada inimitable de Gustavo Adolfo, una dolora genial de Campoamor, un prefacio de Balart, una sonata de Ricardo Gil, la «Chimenea campesina» de Grilo, las «Tempestades» de Velarde, el «Consummatum» de Ferrari, los cuadros brillantísimos de Rueda, los sonetos de Manuel del Palacio, las «Efímeras» de Icaza, los atrevidos arranques de Marquina, todo este inmenso caudal de joyas poéticas, y otras muchas que omití en la enumeración por no pecar de prolijo, son el testimonio más elocuente de la supremacía que ha ejercido en España, durante la pasada centuria, el arte de la poesía sobre todos los géneros en prosa.

El drama, por excelente que sea, exige, para que infuya en nuestro ánimo, la representación adecuada sin omitir el menor detalle; y á veces,

ni aun así, esta clase de manifestaciones literarias se apodera de nuestra inteligencia y de nuestro espíritu, poco educados, ó quizá mucho, ante el manjar más ó menos progresista que les ofrece el escritor.

El arte de novelar, si es, como dice Valera, *más poesía que historia*, en nuestros tiempos no llena el vacío, ni aun á medias. Además, este linaje de trabajos, reducido hoy dia al *naturalismo falseado*, desdeña todo resplandor ideal, y hay, como suele decirse, *que vivirlos...*

Las obras poéticas disponen, pues, como ningún arte hablado ni escrito (porque la oratoria exige condiciones especiales) de mayor libertad imaginaria, y de la forma seductora del ritmo y de la rima, resultando una música admirable que puede ser tocada por todo mísero mortal, sin ser concertista... ni siquiera rasca-cuerdas de piano ó de violín.

De las dos ramas principales (porque los matices intermedios son innúmeros) en que se divide la poesía, la *lírica* es tal vez el arte por excelencia, el que llega más á nuestra alma y llena más cumplidamente su misión dentro de los dominios de la Belleza. Su oficio se reduce á conmover, despertando una á una las fibras más aletargadas de nuestro corazón y resucitando en nuestra alma el níveo enjambre de esperanzas, de amores y recuerdos, como al in-

flujo sobrenatural de un talismán maravilloso.

La segunda es menos sugestiva,... ¿cómo diré yo?... menos de los dominios del alma moderna, y se le conoce, desde que el arte es arte y la poesía es poesía, con el calificativo de *épica*. Sin embargo, aunque de día en día convienen la mayor parte de los críticos insignes (y más que estos la experiencia) en la supremacía que ejerce el arte lírico, como la quinta esencia del sentimiento, sobre la gloriosa legión de mitos y leyendas del pasado, hoy como ayer y como mañana, no podrá nunca despojarse á la poesía de este género objetivo; y en nuestra época, varios escritores de renombre se dejaron influir de su soplo genuino y halagador, citando al acaso á Copée entre los poetas franceses, á Nuñez de Arce en algunos de sus poemas, á Campoamor en varias doloras, á Ricardo Gil en sus narraciones y á Ferrari en su «Abelardo». Bien es verdad que el tono mantenido por estos poetas en las composiciones citadas, es objetivo y subjetivo, sin que esta unión de manjares haya dado uno estrafalario y de mal gusto, sino por el contrario, dulce y sabroso al paladar.

Y es que, miradas las cosas con ojos imparciales, ni en Homero, ni en Píndaro, ni en Anacreonte, ni en Alceo, ni en Teócrito, ni en Horacio, ni en Virgilio, ni en Dante, ni en Ariosto, ni en Milton, ni en Quintana, etc., etc., etc., se

logrará nunca establecer la justa distinción entre lo épico y lo lírico; es que, en boca de ciertos personajes legendarios, las ideas destilan un íntimo dulzor y emanan una esencia subjetiva, bien rara, por cierto, en nuestra época. Ni el Duque de Rivas ni Zorrilla, entre los poetas españoles, ambos tan épicos, tan objetivos, tan amantes de esconder su persona (porque sus romances caballerescos y sus legendarias narraciones así lo requerían) lograron sustraerse á verter en los acentos de los personajes que imaginaban y sentían en su edad, algo también, acaso mucho, del perfume propio, de aquel aroma íntimo ypreciado que echa de menos un crítico de nuestros días en las sonoras estrofas del poeta Manuel Reina.

Más de épico que de lírico, pero también lo bastante de este raro licor para hacerlas más agradables, encierran las dos composiciones que comprende la primera parte de este volúmen, (pues la segunda la destinó su autor á un discurso didáctico); pero no teman mis lectores que el poeta, al escribir en este género, haya retrocedido á los tiempos antiguos en que las estrofas enumerábanse por centenas y los versos por millares. Nó: sus proporciones son adecuadas al asunto que las informa, y sus metros, ritmos y rimas tienen la armonía y la variedad de una bien entendida y cuidada forma poética.

Con perfecta conciencia de lo que es el arte y exteriorizando la belleza de la manera que la ha sentido al concebir la idea general de las dos composiciones, las imágenes de sus cuadros brillan con cierta elegante libertad entre matices sobrios y dibujo correcto, y el tono de los héroes, lo mismo que el de la narración ó el de las descripciones, se eleva ó disminuye, según cada situación ó cada afecto. Las metáforas y las figuras retóricas no se pierden por vericuetos peligrosos ni laberintos sin salida; los pensamientos visten el ropaje del decoro, y á veces, cuando la situación lo requiere, se atavian con galas y primores de buen gusto, sin que se descubra en ellos la pecaminosa ambición de adornarse indebidamente con mantos de púrpura y diademas orientales; el acento rara vez se debilita, sostiene la tonalidad, sin pretensiones de escalar las inaccesibles regiones del génio creador, y de esta manera su vuelo es seguro y no se expone á padecer el desaire común de las caídas.

El primero de estos estimables trabajos, intitulado *Odio, amor y celos*, yacía en el lecho del olvido, sin que su autor le hubiese concedido el mérito que seguramente no le regatearán los inteligentes lectores; pero en cierta agradable ocasión, repasando el poeta á mi vista algunas de sus producciones inéditas, escritas hace mu-

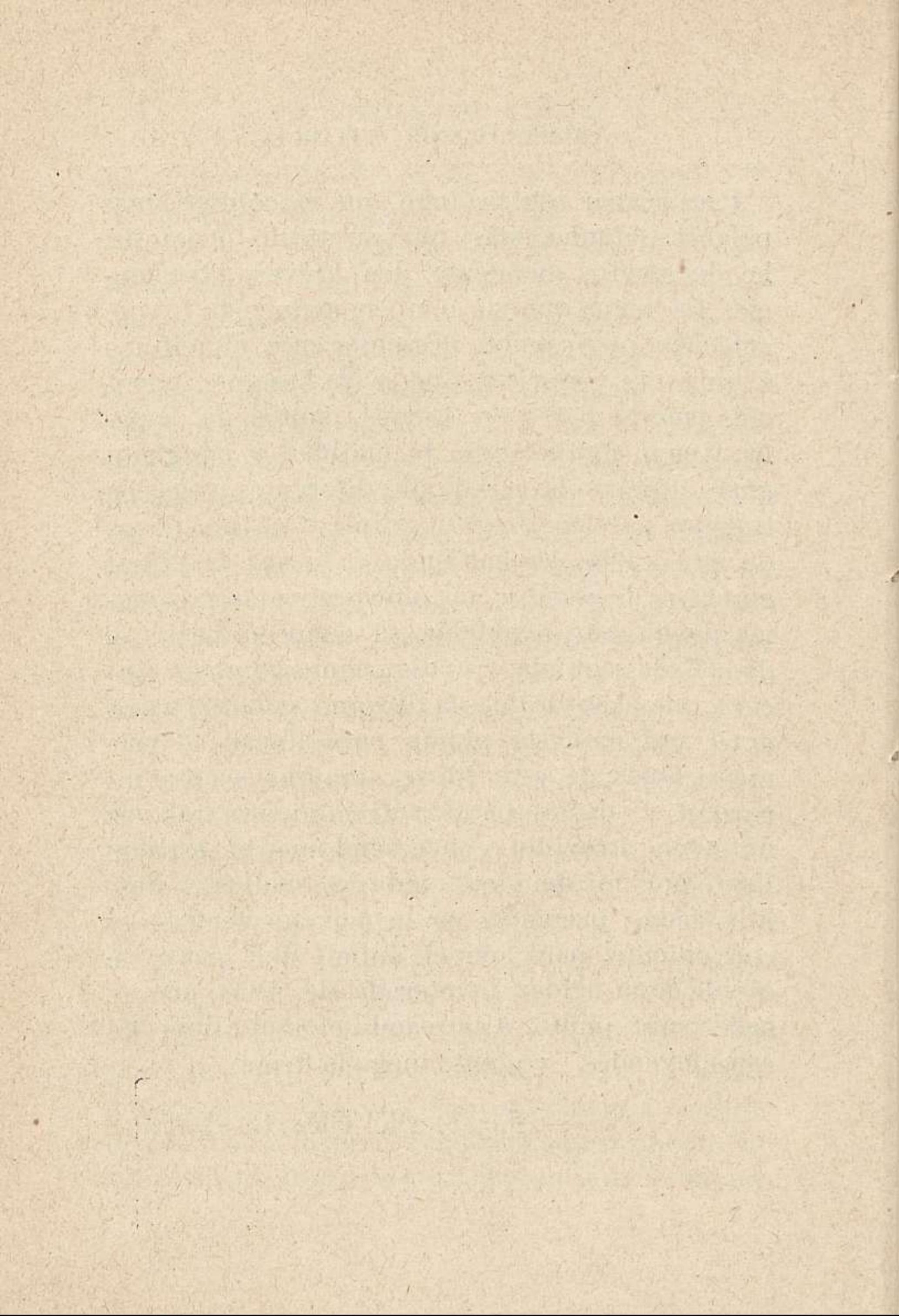
chos años y que él califica con el nombre de *antiguallas* (aunque yo no acepto el mote) topó con este trabajo que me leyó al punto, gustándome tanto su audición, que hubé de aconsejarle que lo publicara lo más pronto posible. La segunda leyenda, que lleva por título *El triunfo del Ave Marta*, fué premiada en Madrid, el año 1892 en público certámen con motivo de la celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento de América; y aunque esta composición fué publicada por aquel entonces, la circunstancia de haberse agotado la edición y su indisputable mérito, como lo prueba el valioso premio que obtuvo, indicaban que se reprodujera al publicarse la otra, y esta es la razón de hallarse incluida en el presente volúmen.

Hoy, por fin, veo cumplidos mis deseos.

Congratulándome de mis desinteresados consejos, observo que el Sr. Blanco saca á la luz de la bibliografía murciana estas estimables obras, en unión de un bien oliente y sazonado discurso que recientemente ha leído en los salones del Círculo de Bellas Artes de esta ciudad, siendo elogiado merecidísimamente por cuantos tuvieron el gusto de escucharle. Estas tres composiciones son buena prueba de que su autor, aunque como él suele repetir, principia el otoño de su vida, su ingenio todavía produce flores... flores de aroma fragante y color y matiz de buena ley.

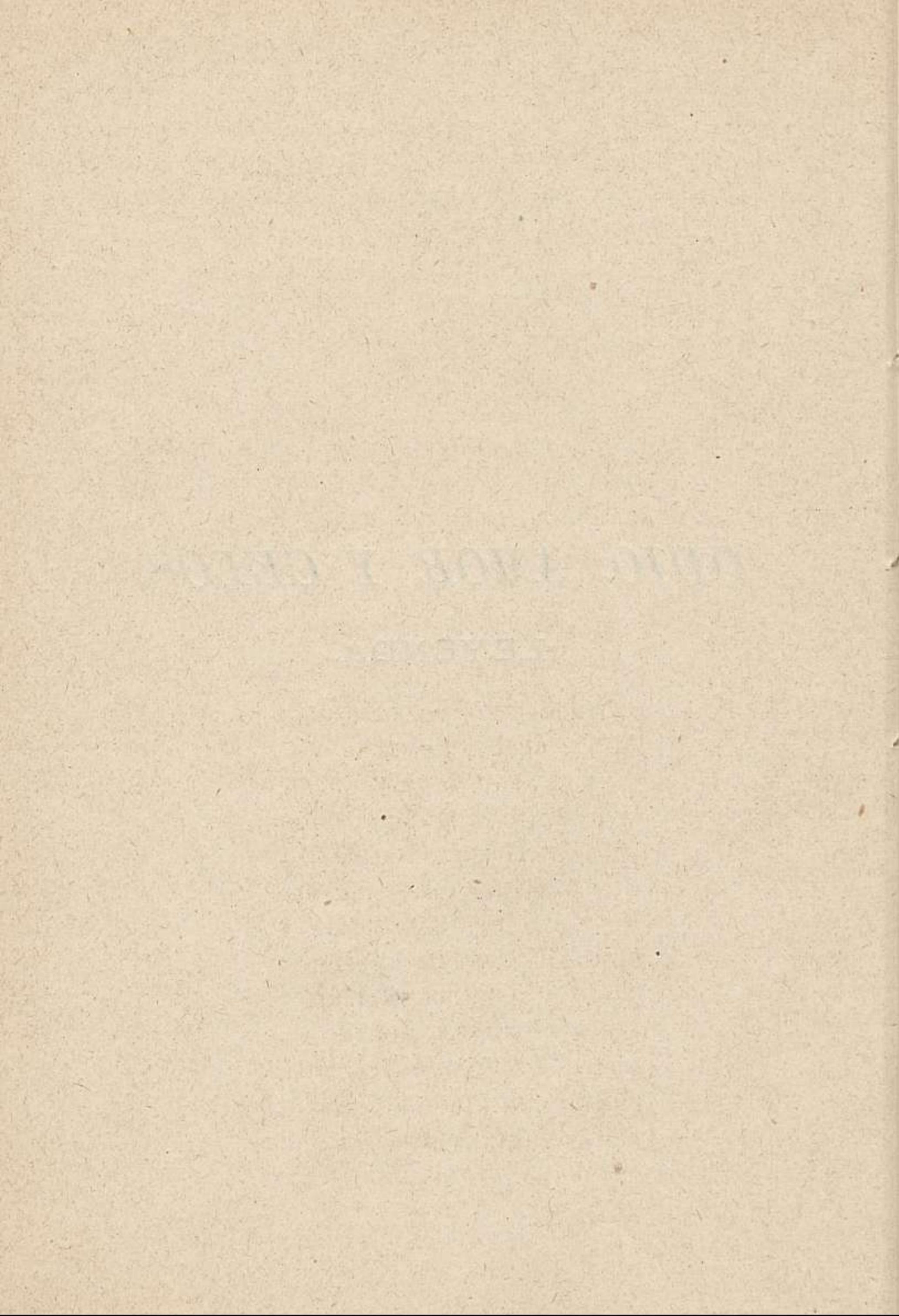
Para acabar este prólogo, que ya contiene más palabras (algunas más) que su título prometía, he de añadir solamente dos breves advertencias. Es la una que yo, como se deduce de lo que antecede, no pretendo presentar ante el público á un poeta y escritor que es ya bastante conocido en este país y en algunos puntos de España, y cuya competencia, fecundidad y exquisito gusto literario ha acreditado diferentes veces en trabajos poéticos de gran estima y en no pocos de alto vuelo, acometiendo á la vez la difícil empresa de escribir las únicas novelas regionales que en esta provincia se conocen hasta el día. Es la segunda, y lo digo como hombre sincero, que el autor de este libro no solicitó (*¡para avis!*) mi modesta pluma para llenar las primeras hojas de este libro, sino que aceptó mi cordial y desinteresado ofrecimiento (tal vez un poco atrevido) concediéndome el espacio lleno por mí de ideas confusas, sueltas y deshilvanadas, juzgando yo lo más provechoso y conveniente, para que el ánimo del lector se olvide de la acidez inveterada de estas prosas, hacer aquí punto, saboreando el añejo licor de estas leyendas... y pongo luego la firma.

Jacobo M. Nazari-Balbo



*ODIO, AMOR Y CELOS,*

LEYENDA





## I

Hácia su ocaso camina  
de los árabes la estrella,  
y ya el pendón castellano  
triunfante en Málaga ondea.  
Ya las beligeras huestes,  
que la Cruz santa congrega,  
los vergeles de Granada  
con altiva planta huellan.  
Todo á la patria sonrío...  
Las opresoras cadenas  
que el islamismo á su cuello  
anudó con mano artera,  
van cayendo lentamente

en vano polvo deshechas.  
No hay dique, freno ni valla  
que el entusiasmo contenga  
del castellano que ansía  
mostrar doquier su grandeza.  
Ve á la ciudad de sus sueños,  
rica y codiciada perla  
que entre cármenes frondosos  
sus puros encantos vela,  
y quiere engarzar tal joya  
en la espléndida diadema  
con que circunda su frente  
la noble Isabel primera.  
Mira á lo lejos la Alhambra,  
camarín de la belleza,  
suspiro de los amores,  
Edén que formó en la tierra  
el genio del Nazzarita,  
en cuyas fuertes almenas  
se alza aun enhiesto el soberbio  
estandarte del Profeta.  
Más allá Generalife,  
mansión de dichas eternas  
donde vagan las huríes  
que anidan en sus florestas.  
Los brillantes Alijares,  
las altas Torres Bermejas,  
la Cádima que aun el sello  
de su antiguo valor lleva,

y palacios ostentosos  
que asombran con su opulencia,  
á cuyos pies, entre franjas  
de grato verdor, serpean  
cien arroyos cristalinos  
que bajan hasta la Vega  
como cintillos de plata  
donde la luz reverbera.

Todo en hermoso conjunto  
al cristiano se presenta  
enardeciendo la sangre  
que circula por sus venas.  
Que allá, entre aquellas delicias,  
está la paz que desea,  
y nacerá tras los láuros  
que en sangre tiñe la guerra,  
como el sol tras los crespones  
que amontona la tormenta.  
Allí, en la bella Granada,  
la venganza está que anhela  
de un pasado que en el Lete  
guarda de España la afrenta;  
y ya el libro de la Historia  
páginas sin fin apresta  
para escribir la ignominia  
de las huestes agarenas  
y esculpir en oro eterno  
del bravo español la alteza.

¡Ay! mientras el entusiasmo

lanza al cristiano á su empresa,  
arde entre los musulmanes  
de la discordia la tea.  
El humo de las pasiones  
los ojos del alma ciega,  
y de Granada las calles  
con vil furor ensingrienta.  
En vano el valiente Muza  
llama junto á su bandera  
á todos los granadinos  
que odio al cristiano profesan.  
En vano Granada gime  
y sus lamentos resuenan  
en el opulento alcázar  
donde un rey débil se asienta  
que, en vez de blandir su alfanje  
sin dar descanso á su diestra,  
entre zambras y festines  
sus rápidas horas cuenta,  
sin ver que el reloj divino  
va marcando la suprema,  
y el ejército cristiano  
altivo llama á sus puertas.  
¡Todo es inútil! Los bandos  
su rivalidad extreman,  
y á la vez que sus discordias  
más los dividen y alejan,  
van el seno de la patria  
desgarrando con violencia.

Los Zegríes, despechados  
por el valor que despliegan  
los nobles Abencerrajes,  
urden en la obscura niebla  
del misterio, la calumnia  
por destruir su potencia.  
No les basta que atardido  
el rey de la suerte negra,  
Boabdil, lleve ante la Historia  
de su pueblo la vergüenza:  
quieren herirle en el alma,  
para que, en rencor deshecha,  
sacie en aquellos valientes  
su ferocidad de hiena,  
aunque la patria sucumba  
tras repugnantes escenas.

¡Pobre Granada! Los días  
de tu destrucción se acercan:  
las flores de tus vergeles  
que adornan tu gentileza,  
pronto alfombrarán el paso  
del guerrero que te asedia,  
porque ya la Cruz avanza,  
y nadie habrá que contenga  
el empuje de unas huestes  
que á la voz de honor alientan.

## II

Hermosa la luna brilla  
en el ancho firmamento  
argentando con sus rayos  
de las tinieblas el velo,  
y, como lágrima triste  
que vierte el espacio inmenso,  
va resbalando perdida  
por los ámbitos del cielo.  
De Granada en el recinto  
reina funeral silencio,  
sólo interrumpido á veces  
por el ruiseñor parlero  
que trina allá en la enramada  
velando á su amor el sueño  
ó por el grito de alerta  
que el vigía lanza al viento.  
Todo en la ciudad descansa,  
confiando en los guerreros  
que han probado en cien combates  
contra el sitiador ejército  
de su corazón los bríos  
y el temple de sus aceros.  
Mas súbite, la solemne  
magestad interrumpiendo

de la calma, alegre suena  
el mágico y dulce acento  
de una música sonora  
en los cármenes soberbios  
del alto Generalife,  
cuyos armoniosos ecos  
las quebradas repercuten  
de aquel empinado cerro.  
Es que Boabdil, olvidando  
las angustias de su pueblo  
y el peligro de su trono,  
corre hácia el abismo, ciego,  
sin ver que en dorada copa  
sorbe destructor veneno.

Esplendorosa es la fiesta  
donde nobles caballeros  
y hermosas damas palpitan  
de amor al ardiente fuego.  
Ya cruzan las enramadas,  
en cuyo follaje espeso  
mil lámparas de colores  
dan caprichosos reflejos.  
Ya vagan junto á las fuentes  
que entre flor trenzan sus juegos  
y que una lluvia semejan  
de plata al tocar el suelo.  
Y allí, al placer entregados  
por el ominoso ejemplo  
de su rey, todos sonríen

al par que resbala el tiempo,  
sin ver que aquella alegría  
es un sarcasmo tremendo  
que arrojan sobre Granada  
que gime en el sufrimiento.

Mientras la córte se aturde  
en danzas y galanteos,  
Zoráida, la bella esposa  
de Boabdil, con paso lento  
de aquel bullicio se aparta,  
cual si estallara su pecho  
de dolor, y busca ansiosa  
en la soledad consuelo.  
Entre las sombras se oculta,  
y marcha al azar, sintiendo  
que se le agolpa la sangre  
en olas sobre el cerebro.  
Detiénese de repente  
junto á un ciprés gigantesco  
y al levantar los encajes  
que iban su rostro cubriendo,  
ve á sus plantás, de rodillas,  
á un bravo y gentil mancebo  
en cuyos ojos fulguran  
de un grande amor los destellos.  
Es Abén Hamet el noble,  
á quien llaman el primero  
entre los Abencerrajes,  
que, en febril pasión ardiendo,

antes de que la sultana  
huya, de su boca el sello  
imprime en la mano aquella  
de encanto y gracias modelo,  
y así exclama, desbordando  
sus comprimidos afectos:

«Zoraida del alma mía,  
casta visión de mis sueños,  
hurí de eterna hermosura,  
arcángel puro y excelso:  
¿por qué mi amor no consuelas,  
y, á mi pasión respondiendo,  
no abandonas esta córte,  
en cuyo fondo de cieno  
hierven los vicios que manchan  
las conciencias con su aliento?  
Quiero huir á donde solos  
otras áuras aspiremos,  
donde la dicha no acabe,  
donde se sacie el anhelo  
que va creciendo en el fondo  
de tu corazón sediento.  
¡Oh, bella entre las más bellas,  
suavísima flor que al céfiro  
das tu delicado aroma,  
tus pétalos consumiendo!...  
yo de esa dulce fragancia  
el tesoro aspirar quiero  
por embriagarme en su esencia

que alejará mis tormentos.  
Yo á tus plantas mil jardines  
alzaré junto al desierto  
donde alfombras de azucenas  
ahogarán tus pasos ledos.  
Ceñiré tu nivea frente  
con diademas de mis besos,  
y entrelazaré mi alma  
en esos blondos cabellos  
para quedar en sus trenzas  
eternamente sujeto.  
¡Ay, Zoráida! no desoigas  
de mi ardiente amor el ruego:  
huyamos de este recinto,  
la obscura ciudad cracemos,  
y más allá de esas sierras  
serás de mi vida el dueño.»

Nada Zoráida responde,  
pero latidos violentos  
moviendo las hondas fibras  
de su corazón deshecho,  
con muda elocuencia dicen  
cuanto callá el labio trémulo.  
Sobre Hamet fija sus ojos,  
y de sus párpados bellos  
una lágrima amarguísima  
que cuajó un pesar intenso  
brotó, cual perla brillante  
desprendida de los cielos.

Uno y otro se contemplan,  
sin ver que en tanto, en acecho,  
ocultos entre arrayanes  
espían sus movimientos  
los Zegríes, cuyos ódios  
no tienen valla ni término.

¿Quién, cuando el amor sonríe,  
detiene su pensamiento  
en los instantes que cruzan  
tan dulces como ligeros,  
tornando en dicha inefable  
nuestros pesares más negros?  
Zoráida y Hamet se olvidan  
del mundo en tales momentos:  
no cuentan que el tiempo pasa,  
porque de gloria un portento  
se despliega ante sus ojos,  
la niebla en oro fundiendo,  
al par que en flores convierte  
los abrojos más sangrientos.

Mas horrible sima, en tanto,  
abre el destino perverso  
á sus piés: fatal noticia  
corre á Boabdil, y los celos,  
despedazando su alma,  
borran al punto el contento  
que le causa aquella fiesta;  
y en su furor y despecho,  
vuela dispuesto á vengarse

de aquel ultraje tremendo.  
Llega... pero ya Zoráida  
y Hamet cruzan el sendero  
que á la zambra les conduce,  
por obscura sombra envueltos,  
y sólo Boabdil observa  
cuál se pierden á lo lejos.  
Entonces, de rábia henchido,  
lanza horrible juramento  
que las áuras de la noche  
en sus alas recogieron,  
y con su mano acaricia  
el alfanje, revolviendo  
en sus órbitas hinchadas  
sus ojos de sangre llenos.

## III

Regia mansión de la Alhambra,  
encanto de Andalucía,  
que forjó para su gloria,  
el génio del Nazzarita;  
viste crespones de luto,  
y tus florestas y umbrías  
con voz apenada y triste  
ecos de dolor repitan.

Enmudezcan los jilgueros  
que en tus álamos anidan  
y calle el rumor sonoro  
de tus fuentes cristalinas.  
Tú, que fuiste destinada  
al placer y á la alegría  
y en tus áureos camarines  
concentraste amor y dicha,  
hoy mancharás tu grandeza  
con la vil alevosía  
y amargarás para siempre  
de tu existencia los días.  
¡Ay! que Boabdil, irritado,  
sólo venganza respira,  
y ahogar en sangre pretende  
la ansiedad en que se agita.  
Sentado sobre cogines  
de brocado y pedrería  
en el salón esplendente  
que al gran patio se avecina  
de los Leones, espera  
que llegue la horrible cita.  
Hierve la sangre en su pecho  
quemando todas sus fibras,  
como la rugiente lava  
en el volcán comprimida,  
y ya sus ojos al cielo  
alza entre angustia infinita,  
ya su duro arnés golpea,

cuyo son áspero vibra  
como el eco pavoroso  
que lanza la tumba fría.

El sol con rayos de fuego  
en diáfano cielo brilla  
reflejando en los encajes  
de las régias galerías  
del alcázar, esmaltando  
las menudas bovedillas  
de aquella cámara hermosa  
do se alberga la perfidia.  
De repente, fuertes pasos  
que denotan bizarría  
suenan: el tapiz se alza,  
y con alegre sonrisa  
Hamet, el valiente y noble,  
ante su señor se inclina.  
Avanza... pero al instante,  
á una señal convenida,  
cuatro esclavos aparecen  
como visiones fatídicas,  
y sobre Hamet arrojándose  
sus hercúleos brazos ligan  
y sobre la fuente doblan  
su cabeza no vencida.  
Entonces Boabdil, irguiéndose  
á impulsos de una energía  
que su delirio le presta,  
con voz ronca así les grita:

«Perezca la infame raza  
que mi poder desafía,  
la que en la sombra del crimen  
mi puro blasón mancilla.  
Cáigan los Abencerrajes  
al peso de mi justicia,  
y lávese en sangre suya  
mi honra acrisolada y limpia.»

Dice, y blandiendo un verdugo  
ancha y terrible cuchilla,  
de un tajo el tronco separa  
de aquella cabeza altiva,  
y corre de Hamet la sangre  
á torrentes despedida.  
Y apenas en el recinto  
el golpe sonado había,  
un segundo Abencerraje  
entra en la estancia maldita  
y sigue de Hamet la suerte  
entre feroz agonía.  
Otros y otros les suceden  
que allí término á su vida  
encuentran, sin que un instante  
aplaque en Boabdil las iras  
el espectáculo horrible  
que está patente á su vista.  
Las cabezas aun sus ojos  
en el rey airados fijan  
como maldición eterna

que brota de sus pupilas;  
y la sangre que los cuerpos  
por las artéris destilan,  
humea en la blanca fuente  
y suelo y muros salpica.

Cual tigre que ante la presa  
hecha pedazos, aspira  
con fruición el olor acre  
que mana de sus heridas,  
así Boabdil, embriagado  
ante aquellas tristes víctimas,  
un placer inmenso siente  
que le enloquece y fascina.  
Ve que la negra venganza  
su odio y su dolor mitiga  
mientras se ensancha su pecho  
y con libertad palpita,  
y no mira que su trono  
ya sin sostén se desquicia,  
y que aquella sangre hirviente,  
por sus crueldades vertida,  
ante el juicio de la Historia  
será padrón de ignominia,  
y quedará allí en el mármol  
eternamente esculpida.

## IV

Llena está de abyeeta plebe  
la plaza de Bibarrambra  
como en los días felices  
de sus justas afamadas:

Llena está, pero el silencio  
reina en la extensa esplanada,  
y los blancos agimeces

no adornan damasco y galas  
ni sobre gradas purpúreas  
lucen su encanto las damas.

¿Qué sucede?... en un extremo  
ancho tablado se alza,  
y sobre él, de angustia llena,  
está la triste Zoráida.

No la rodea la córte  
ni doncellas la acompañan,  
sino vestidas de luto  
dos miserables esclavas.

De adulterio se le acusa,  
y ella ha pedido por gracia  
que el *juicio de Dios* tan solo  
falle sobre su demanda.

Cuatro Zegríes sostienen,

en ódio de la sultana,  
la calnmnia, y de ello en prueba,  
llevan enhiestas sus lanzas,  
retando á los que sustenten  
la inocencia de la dama.

Ya dos dias está abierto  
el palenque, y nadie trata  
de medir con los Zegríes  
el valor y la pujanza,  
y en vano un heraldo grita  
y á los caballeros llama  
al repetir la sentencia  
por el mismo rey dictada.  
A expirar el tercer dia  
se halla próximo, y la plaza  
semeja de un mar bullente  
las continuas oleadas,  
porque ya el plazo termina,  
y con la luz que se acaba  
morirá la que no ha mucho  
era asombro de Granada.

¿Habrán de extinguirse acaso  
las risueñas esperanzas  
que de la sultana hermosa  
el corazón alentaban?  
¿No triunfará la inocencia  
de la pérfida asechanza  
que envuelve en inmundo lodo  
un honor puro y sin tacha?

¡Oh! mirad: Dios no lo quiere:  
por el Zacatín avanzan  
cuatro ginetes bizarros  
luciendo brillantes armas,  
y, al correr de sus corceles,  
de polvo nubes arrancan.  
Son cristianos, mas vestidos  
á ia berberisca usanza,  
tocas y alquiceles llevan  
que ante el pueblo los disfrazan.  
Ha llegado á sus oídos  
la nueva triste y amarga,  
y al par que acuden al ruego  
de la princesa cuitada,  
anhelan con los Zegríes  
probar su tajante espada  
para humillar ante el mundo  
su bravura y arrogancia.  
Ponce de León primero  
con Aguilar se adelanta;  
después Fernandez de Córdoba  
con Chacón, cuyas hazañas,  
traspasando las fronteras,  
van en boca de la fama.  
Un murmullo de entusiasmo  
al entrar les acompaña  
como presáugio glorioso  
del triunfo que les aguarda,  
y Zoráida, conmovida,

derrama copiosas lágrimas,  
mientras arde en los Zegríes  
de rencor intensa llama.

Toca Chacón el escudo  
que en la arena se destaca,  
y con sus tres compañeros  
á la lucha se prepara.

Colócanse frente á frente  
los ocho guerreros: bajan  
sus lanzas hasta los petos,  
embrazan la férrea adarga,  
y al resonar los clarines  
embisten con fúria tanta,  
que los corceles al choque  
su ráuda carrera paran,  
y el duro suelo retiembla  
y el hierro vibra y estalla.

Vuelven, y á la lucha tornan,  
y es tal su encono y su rábia,  
que, como nubes opuestas  
que cielo y tierra amenazan,  
tremendos golpes de muerte  
confundidos se descargan.

¿De quién será la victoria?  
Todos sus fuerzas titánicas  
allí despliegan: sus bríos  
ni se agotan ni descansan:  
el corcel, suelta la brida,  
el crinado cuello enarca;

silba, los áires hendiendo,  
la sangrienta cimitarra;  
cruje el arnés abollado  
bajo el peso de la maza;  
y entre las olas de polvo  
que como fúnebre gasa  
á los guerreros envuelven,  
apenas el ojo alcanza  
á ver una masa informe  
que, de un vértigo arrastrada,  
parece el mar cuando agita  
la tempestad sus entrañas.  
Mas ya el término se acerca  
de la lucha encarnizada;  
que ante el formidable empuje  
de la falanje cristiana,  
poco á poco los Zegríes  
sienten su fuerza agotada,  
y al golpe de sus contrarios  
el postrer aliento exhalan,  
dejando la blanca arena  
en roja sangre encharcada.

Ya las cabezas inertes  
de aquellos cuerpos separan  
los cristianos con su acero,  
y las ponen á las plantas  
de la sultana gozosa  
que suspira emocionada.  
Ya la voz de los heraldos

ante la ciudad proclama  
de Zoráida la inocencia  
y su honra inmaculada,  
al par que los atabales  
con su son el viento rasgan.  
Ya la muchedumbre apláude  
y al áire vitores lanza  
reconociendo la mano  
de Dios en sus obras sábias.  
Y en tanto la noche tiende  
su gasa obscura, bordada  
de estrellas mil que semejan  
chispas de diamante y plata.  
Y los guerreros cristianos,  
confundiéndose en las masas,  
tornan á su campamento,  
llenos de orgullo y jactancia,  
satisfechos de una empresa  
que sus blasones ensalza.

## V

Triste Granada se encuentra:  
triste está, porque sus glorias,  
por el destino empujadas  
en humo y polvo se tornan.

Triste está, porque sus bravos  
desparecieron cual sombras  
y de Nazzar la bandera  
ondea en girones rota.

Ya no se escuchan canciones  
en la Alhambra encantadora,  
ni en los cármenes del Darro  
suenan zambras amorosas.

Ni por la Puerta de Elvira  
cruzan las gallardas tropas  
para acrecentar los láuros  
de su patria cariñosa.

Todo pasó como sueño  
que disipa aterradora  
la realidad, y parece  
que hasta en el ambiente flota  
del bien perdido el recuerdo  
que el corazón acongoja.

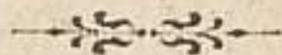
Boabdil, el rey desdichado,  
allá en su retiro llora,  
que su pasado le afrenta  
y su presente le agobia;  
y al par que se desvanecen  
de su magestad las pompas,  
hasta incesante le abrumba  
el peso de su corona.

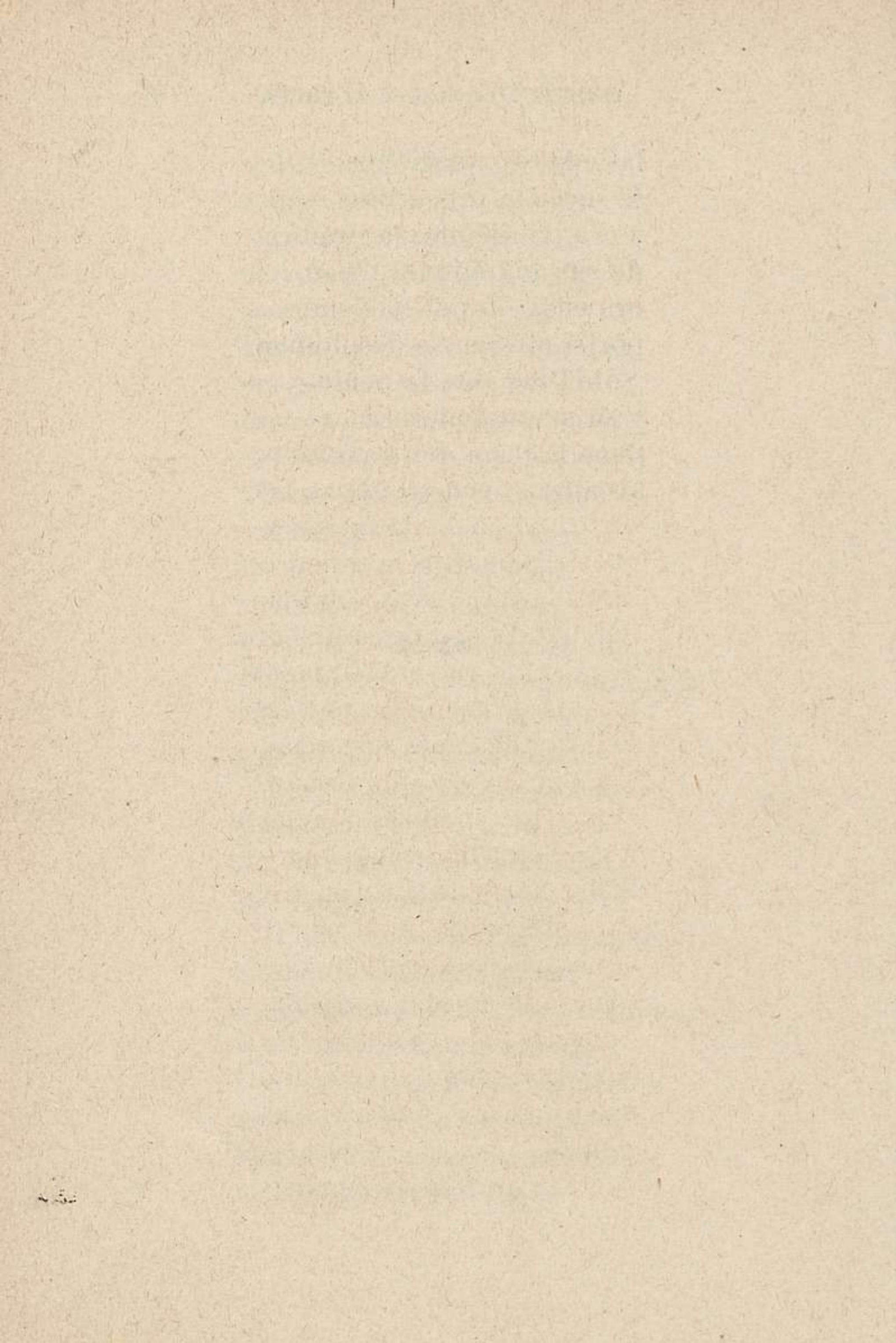
De emoción su pecho late,  
y entre el dolor que devora,  
ve que ya la fortaleza

del Islam se desmorona,  
y que del Korán vencido  
las desparramadas hojas  
sirven de escabel humilde  
para la Cruz vencedora.  
Por su ambición desmedida,  
surgieron asoladoras  
luchas, que en su sangre tiñeron  
del Genil las claras ondas.  
Por su molición, cruzaron  
sus campiñas, orgullosas  
las legiones castellanas  
sedientas de la victoria.  
Por sus celos, perdió un día,  
manchando á un tiempo su honra,  
sus nobles Abencerrajes  
cuyo valor aun asombra.  
Y hoy, sin apoyo, se aterra,  
y espera triste la hora  
de entregar al castellano  
sus inestimables joyas.

¡Fatal destino! ¿Quién puede  
sondar las causas ignotas  
que engrandecen á los pueblos  
ó en catástrofe espantosa  
los envuelven, hasta hundirlos  
en las ruinas de sus obras?  
Como en la mar se suceden  
sin fin las revueltas olas,

las edades y naciones  
se suceden prosuerosas,  
y ora triunfantes la cumbre  
de sus ambiciones tocan,  
ora en profundos abismos  
por sí mismas se desploman.  
¡Sólo Dios sabe lo oculto,  
y su mano poderosa  
tiene la llave que guarda  
los misterios de la Historia!



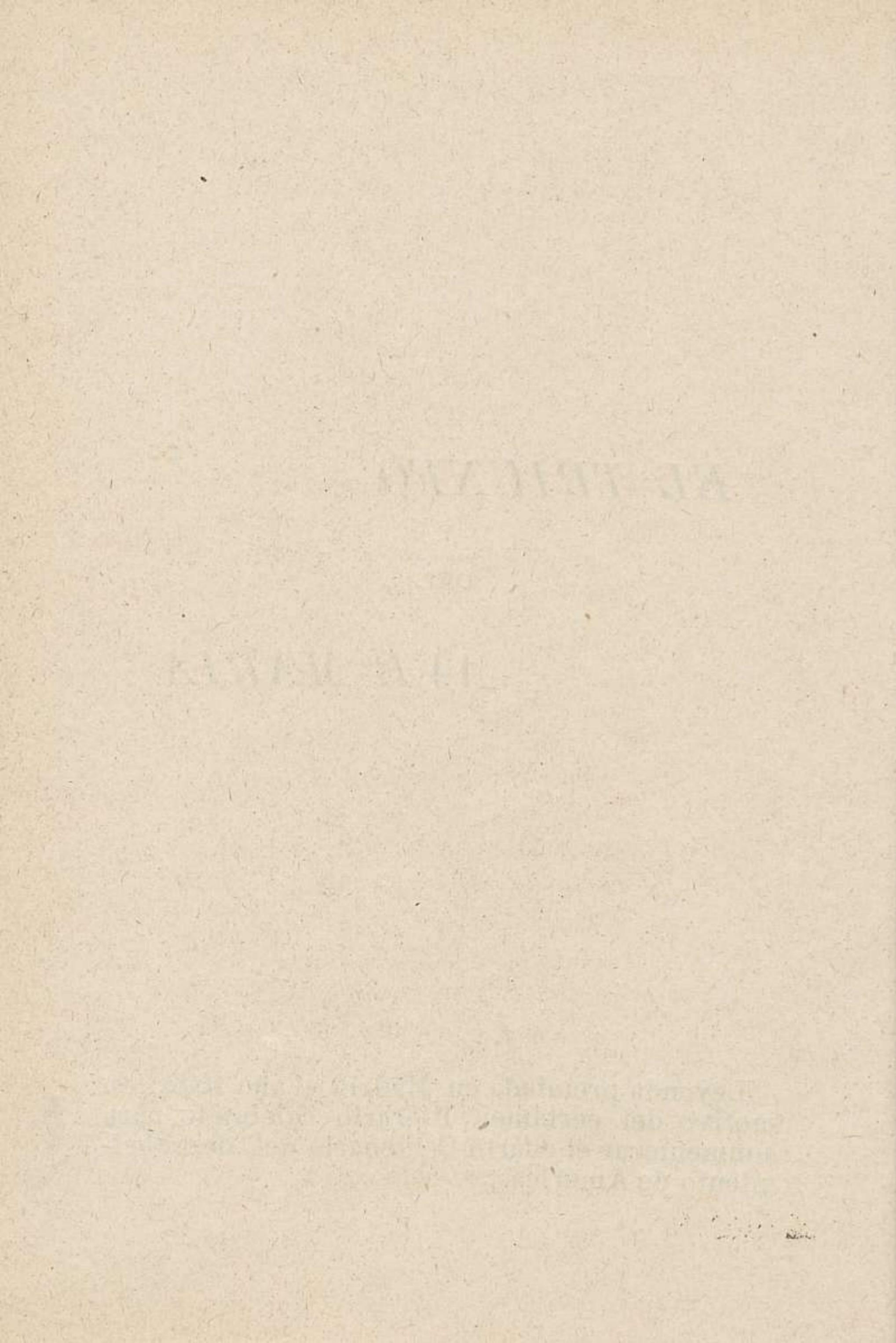


*EL TRIUNFO*

DEL

*AVE MARIA*

Leyenda premiada en Madrid el año 1892, con motivo del certamen literario celebrado para conmemorar el cuarto Centenario del descubrimiento de América.





A MI ILUSTRADO AMIGO  
EL EXCMO. SEÑOR  
D. ENRIQUE FULGENCIO FUSTER  
CONDE DE ROCHE

I

Nada resiste al empuje  
del tiempo, que en polvo torna  
con su destructor aliento  
de la soberbia las obras.

Muros altivos que un día  
con grandeza portentosa  
detuvieron la arrogancia  
de cien legiones indómitas;  
maravillosos palacios,  
cuyo recuerdo aun asombra,  
donde el corazón libaba  
de los placeres la copa:

titánicos monumentos  
que, del pasado en las sombras,  
páginas con sangre escritas  
esculpieron de la Historia:

pueblos, ciudades, naciones,  
que hablan á la mente ansiosa  
y el orgullo de otros siglos  
con voz doliente pregonan,

apenas hoy, restos vanos  
de las mundanales pompas,  
á impulsos de ley terrible  
rápidos se desmoronan;

y á través de las edades  
surgen las pasadas glorias  
como lejanos vestigios  
sin luz, sin color, sin forma.

Todo camina á la muerte...  
todo en la tumba se agolpa  
cual corre la humana vida  
hácia la insaciable fosa.

Sólo las grandes acciones  
que en la virtud se coronan,  
del tiempo voraz resisten  
las fúrias aterradoras,

y como grato perfume  
de flor que en el cielo brota,  
en lo profundo del alma  
difunden su dulce aroma.

Por eso, cuando gloriosos

acuden á la memoria  
los hechos de nuestra patria  
que con la Fé se eslabonan,  
aparecen rodeados  
de esplendentes aureolas,  
y ante sus rayos divinos  
el corazón se alborozá.

Aun de ocho siglos de lucha  
contra las árabes hordas  
los inmarcesibles láuros  
su fresto verdor retoñan,  
y frente al Korán vencido  
alza la Fé sus victorias,  
como el blasón más preciado  
de la bandera española.

¡Cuántas empresas gigantes!  
¡cuántas hazañas gloriosas  
que muestran ante los siglos  
su grandeza abrumadora!

No hay cincel que las esculpa,  
ni libro que las recoja,  
ni voz que cantarlas pueda  
del arpa en las pobres notas.

Para abarcarlas, es poco  
cuanto inventó la creadora  
mente del hombre, en los vuelos  
de inspiración prodigiosa.

Sólo el corazón las siente  
y el alma las avalora,

siendo alfombra el mundo todo  
que ante su trono se postra.

Y es que la Fé las esmalta  
con rayos de eterna aurora,  
y el tiempo con su inclemencia  
ni las destruye ni borra.

En esos hechos titánicos  
donde la Cruz vencedora  
sublimó de nuestra patria  
las virtudes que la adornan,  
como remate, el más digno  
de epopeya tan grandiosa,  
se alza del Genil riente  
la bella y gentil matrona.

Aquel Edén venturoso  
que los musulmanes lloran,  
aquella régia sultana,  
aquella Granada hermosa,  
allí ostenta sus encantos  
como riquísima joya  
que de Aragón y Castilla  
abrillanta la corona.

¡Oh! ¡quién tuviera el acento  
del céfiro entre las frondas,  
de la fuente el ritmo dulce  
ó el gemir de la paloma!

Tal vez entonces mi lira  
vibraciones cadenciosas  
lanzara, al narrar el triunfo

---

de la Fé que el alma adora,  
cuando un guerrero cristiano,  
en noche obscura y medrosa,  
puso el nombre de la Virgen  
allá en la mezquita mora,

ó cuando una mano indigna  
lo entregó á burla afrentosa,  
resurgiendo aun más brillante  
como el sol tras noche lóbrega.

Empresa, á cuyo recuerdo  
el espíritu se arroba,  
porque en ella se compendian  
las hazañas más famosas

de capitanes insignes  
que en la granadina zona  
abatieron el orgullo  
de los hijos de Mahoma.

Mas si mi voz no es bastante,  
la Fé en que el pecho rebosa  
endulzará los sonidos  
que exhala mi lira ronca.

Y así digno seré acaso  
de que mis pobres estrofas  
reflejen sólo el vislumbre  
de grandeza tan pasmosa.

## II

La afrenta de Jerez ya está vengada:  
ya del Genil en la florida vega,  
de Castilla la enseña immaculada  
entre el viento flotando se despliega.  
Santa-Fé se alza allí, como avanzada  
que mil guerreros en redor congrega,  
y ruje en tanto el musulmán vencido  
tras formidables muros guarecido.

Los que en Sagunto y en Numancia al mundo  
con su valor indómito asombraron;  
los que de glorias el laurel fecundo  
de Covadonga al moro arrebataron;  
los que henchidos de anhelo sin segundo  
en las Navas y Córdoba triunfaron,  
hoy aspiran unir á su grandeza  
del pensil nazzarita la belleza.

¡Qué hermosa está Granada! Allá á lo lejos  
luce Generalife sus primores:

de la aurora brillante á los reflejos  
la Alhambra ostenta pedestal de flores:  
las aguas de las fuentes mil espejos  
finjen entre irisados surtidores,  
y las Torres Bermejas misteriosas  
se alzan sobre un jardín de mirto y rosas.

Aquí y allá calados minaretes  
recortan del espacio el ancho velo,  
vistosos y ondulantes gallardetes  
dicen del moro el entusiasta anhelo,  
los cármenes del Darro, cual pebetes,  
sus aromas elevan hasta el cielo,  
y cual joyas de espléndidos topacios  
el Albaicín descubre sus palacios.

¡Oh! ¡cómo el alma del cristiano agitan  
tan extrañas, fantásticas visiones!  
¡cómo en los pechos sin cesar palpitan  
los fuertes é insaciables corazones!  
En la sangre, al fluir, las ansias gritan  
con voz que, al renovar las emociones,  
despiertan el deseo y el instinto  
de gozar en tan mágico recinto.

¿Y han de aguardar á que rendido el moro  
ponga á las plantas de Isabel primera  
las llaves del riquísimo tesoro  
que delirante el español espera?

¿Nó se dará al honor mayor decoro  
si con ayuda de la espada fiera  
hay quien demuestre en la ciudad su saña  
y lleve á efecto singular hazaña?

¡Oh, sí! ¡mil veces sí! Cien caballeros  
á la lucha se aprestan afanosos:  
quieren ser en las lides los primeros  
despreciando los trances peligrosos.  
Tras los muros que ostentan altaneros  
su inmensa mole, brotan los gloriosos  
láuros que han de adornar la noble frente  
del español en su coraje ardiente.

Mas sólo á un hombre el cielo ha concedido  
señalarse en tan épica porfía,  
que una idea gigante ha concebido  
y es grande y sin igual su valentía.  
Su nombre por los siglos repetido  
eclipsará á la luz del claro día,  
y en mármoles y bronces entallado,  
será de honor y de virtud dechado.

Guía su mente de la Fé cristiana  
la luz divina que encendió el Eterno,  
y al calor de esa Fé conque se ufana  
late su corazón gozoso y tierno:  
sentimiento de amor su pecho mana,  
quiere triunfar sobre el potente Averno,

y engarzar tan preciada maravilla  
en la augusta diadema de Castilla.

Ved... desplegando su sombrío manto,  
avanza por doquier la noche obscura:  
de la vega se oculta el dulce encanto  
ninguna estrella en el cenit fulgura,  
de siniestra corneja el triste canto  
pesares mil al corazón augura,  
y se escucha la voz del centinela  
que en la muralla granadina vela.

Caballo dócil, al bridaje atento,  
rige un guerrero, en el arzón seguro,  
deja atrás el cristiano campamento  
y el suelo huella con su casco duro:  
el ginete, con bélico ardimiento,  
llega hasta el pié del enemigo muro,  
y con poder que á su valor iguala  
arroja hácia los bordes firme escala.

Trepa por sus peldaños silencioso,  
en la boca el puñal, la espada al cinto,  
y, la cumbre al pisar, corre animoso  
hácia el moro que guarda aquel recinto:  
al alarbe se arroja, y valeroso  
hunde en él su puñal, que en sangre tinto,  
acusa que una vida arrebatada  
huye veloz á la infernal morada.

Súbito el caballero castellano  
se interna en la ciudad con arrogancia,  
llevando siempre en la robusta mano  
el acero que muestra su jactancia:  
no hay temor que le acose, y fuera vano  
hacerle abandonar aquella estancia  
sin que la idea que agitó su mente  
llevara á cabo en su anhelar ferviente.

Ya el momento llegó: mole sombría  
aparece de pronto aterradora  
cual gigante que al cielo desafia  
y entre cavernas escondidas mora:  
es del Profeta la mezquita impía  
donde el fiero musulín sus cu pas llora  
y donde sueña en el Edén mentido  
á sus groseras ansias prometido.

Detiene el paso el caballero, y lanza  
grito feroz, cuyos vibrantes sonos  
llevados por el eco en lontananza  
repiten las arábigas mansiones:  
después altivo á la mezquita avanza,  
y ageno de embargantes emociones,  
clava en las puertas con su acero mismo  
el lema del amor del cristianismo.

AVE MARÍA el pergamino ostenta  
en las macizas tablas incrustado,

---

frase divina que al hispano alienta  
en las revueltas lides arrojado,  
del bravo musulmán terrible afrenta  
cual reto odioso á su blasón lanzado  
que ha de encender su sangre vengativa  
mientras de Agar la descendencia viva.

Dobla al punto el cristiano fervoroso  
la rodilla é inclina su cabeza  
postrándose ante el nombre luminoso  
que grabó entre los orbes su belleza:  
ofrece á Dios el hecho venturoso  
cual tributo rendido á su grandeza,  
y de su misma hazaña satisfecho,  
siente vibrar su entusiasmado pecho.

Mas súbito un rumor, cual oleaje  
de embravecido mar, cercano suena:  
es que ya el musulmán en su coraje  
con roncos gritos los espacios llena:  
pretende castigar aquel ultraje  
impreso en la corona sarracena  
y desatar el ódio que sin tasa  
las hondas fibras de su sér abrasa.

De los hachones la rojiza lumbre,  
rompiendo el manto de la sombra densa,  
ilumina bullente muchedumbre  
que avanzando, en la plaza se condensa:

hiere la vista el pálido vislumbre  
de los alfanjes, que, á lavar la ofensa  
saltan entre las manos presurosos,  
de sangre y llanto y exterminio ansiosos.

Levántase el cristiano, y al momento  
su espada destructora al aire brilla:  
infúndele el peligro nuevo aliento,  
que el morir no lo abate ni lo humilla;  
y mezclando al rumor potente acento,  
«Granada por Pulgar y por Castilla»  
dice, y blandiendo el hierro centellante,  
acomete á los moros anhelante.

Como en la selva obscura tigre hircano,  
revuélvese iracundo á cada empuje,  
siembra la muerte su nervuda mano,  
su duro arnés bajo los golpes cruje,  
crece el ardor del noble castellano,  
de dolor y de rabia el moro ruje,  
y se siente á los piés temblar el suelo  
amedrentado ante el horrible duelo.

No hay trégua ni piedad: es el instante  
supremo en que dos razas divididas  
por su historia y su fé, del palpitante  
pecho arrojan las iras comprimidas;  
y cual responde el yunque resonante  
del martillo á las récias sacudidas,

responde el brazo al corazón que brama  
al impulso de muerte que lo inflama.

Sobre charcos de sangre lentamente  
Pulgar avanza y animoso cierra  
contra el espeso bando que, inclemente,  
en la lucha titánica se aferra;  
mas al fin el espíritu valiente  
del castellano al enemigo aterra,  
y abriéndose camino con su espada,  
encuentra entre las sombras retirada.

Retirada de honor conque termina  
su empresa colosal. Bien pronto llega  
al pié de la muralla granadina  
y aspira el áire de la hermosa vega:  
sobre el arzón de su corcel se inclina,  
sin rienda el bruto á galopar se entrega,  
y Pulgar, puesto en Dios su pensamiento,  
penetra en el cristiano campamento.

## III

Bien haya el guerrero insigne  
que tan singular hazaña  
llevó á cabo, enalteciendo  
los laureles de la patria.

Bien haya Pulgar el bravo,  
cuya grandeza traspasa  
los límites que en la historia  
marcó á los héroes la Fama.

Bien haya, y vuele su nombre  
por los ámbitos de España,  
la emulación despertando  
de los que las glorias aman.

Desátese el campamento  
en júbilo y algazara,  
y á un combate decisivo  
apreste sus fuertes armas.

Los nobles, sobre las cruces  
de sus tajantes espadas,  
juren continuar la empresa,  
honor de la Virgen santa;

porque el nombre de MARÍA  
sus corazones inflama,

y dar por Ella su sangre  
fuera su ambición soñada.

Que MARÍA es luz divina,  
estrella de la mañana,  
consuelo del afligido,  
y amor, vida y esperanza,  
y á su recuerdo indeleble  
que la ansiosa mente exalta,  
el láuro de cien victorias  
con más fulgor se abrillanta.

¡Oh, cómo se aterra el moro  
lleno de vergüenza y rabia,  
y la herida que le afrenta  
oculta en fingida calma!

¿Devorará en el silencio  
el ultraje que le mancha,  
ó saciará en mar de sangre  
el ardor de su venganza?

Ya en el oriente despunta  
la risueña luz del alba,  
y el crespón de las tinieblas  
con vivo carmín se esmalta.

Del muezzín la voz aguda  
al pueblo afrentado llama,  
mostrándole en la mezquita  
lo que sus timbres empaña:

y el pueblo acude, y contempla,  
presa de estupor el alma,  
aquel lema peregrino

que en los muros se destaca.

La aurora un rayo amoroso  
de su corona le manda  
para iluminar el triunfo  
de la Virgen soberana.

Pero nádie, ante el prodigio,  
osa acortar la distancia  
rasgando el cartel que acusa  
una empresa sobrehumana;

y en los murmullos de asombro  
que de los pechos se escapan,  
algún ay sordo y perdido  
el abatimiento marca.

Que el pueblo, en su instinto, mira  
la mano del cielo airada,  
y en su conciencia presente  
hondas y nuevas desgracias:

y parece que, flotando  
del viento en las oleadas,  
un espíritu de muerte  
hasta el entusiasmo apaga.

Mas una voz resonante  
lejos grita: «Atrás, canalla»  
y el pueblo, ante aquel acento,  
tímido y débil se aparta.

Llega al pié de la mezquita  
un atleta, cuya saña  
deja escapar en el fuego  
de su potente mirada,

y volviéndose á la plebe  
á quien su presencia espanta,  
con las iras de su pecho  
así enardecido exclama:

«Pueblo vil degenerado,  
sombra de la antigua raza,  
que acobardado contemplas  
tu religión ultrajada,

ya que el temor te contiene  
y la molicie te embarga  
y del Korán santo miras  
las hojas desparramadas,

yo vengaré con mi alfanje  
en mil cabezas cristianas  
la osadía del guerrero  
que hasta aquí posó su planta.

Y pues alientos me sobran  
y corazón no me falta,  
yo responderé ante el mundo  
por el nombre de Granada.

Ese cartel será alfombra  
do marcará sus pisadas  
mi corcel, ante la vista  
de las huestes castellanas.

Húye, ocúlta tu ignominia  
entre goces y entre zambras,  
mientras la patria en peligro  
llanto de fuego derrama.»

Dice, y con paso arrogante

hacia la mezquita avanza,  
y, alzando el robusto brazo,  
el lema cristiano arranca.»

## IV

En la mitad del cielo el sol su lumbre  
como señor de los espacios vibra,  
y rayos mil de su corona ardiente  
sobre la vega de Granada envía.

Tiemblan del Darro y del Genil las aguas  
que entre aromosas flores se deslizan,  
y la nevada cumbre del Veleta  
bajo las luces que la esmaltan, brilla.

El águila real tiende su vuelo  
sobre la mole azul de Sierra-Elvira,  
y en los espesos álamos las aves  
con dulce voz enamoradas trinan.

Parece que la pródiga Natura  
se adorna amante con sus galas ricas  
por celebrar también el alto triunfo  
de la sagrada y celestial MARÍA.

Y hasta los áires fingen tiernos cantos,  
vagos rumores y sonoras risas,

como besos de amor que desde el cielo  
á la tierra los ángeles envían.

Alborozada Santa Fé celebra  
la hazaña singular que la sublima,  
enalteciendo de Pulgar el nombre  
como el sostén más firme de Castilla.

Y entre perfumes de fragante incienso  
y torrentes de plácida armonía,  
el sacerdote su plegaria ardiente  
á los piés de la Virgen deposita.

Todo es júbilo y fiesta y entusiasmo  
que hasta el ambiente llenan de alegría,  
llevando el eco á la ciudad sitiada  
clamor lejano en alas de la brisa.

Todo presagia que la Cruz en breve  
sobre la aljama irradiará purísima,  
y bajo el hierro de las duras mallas  
del castellano el corazón palpita.

Que si fuerte en los trances peligrosos  
la arrogancia del moro desafía,  
al calor de la Fé dulce y suave  
tiernas se mueven sus potentes fibras.

Mas ¿quién turba el alegre clamoreo  
y hace el rubor subir á la mejilla  
cual si una mano aleve sobre el rostro  
grabara el sello de rugientes iras?

¿Quién? .. Desde el muro granadino avanza  
con vana y ostentosa bizarría,  
sobre corcel fogoso, cual su dueño,

un atleta que Tarfe se apellida.

Es el que há poco ante asombrada plebe  
el cartel arrancó de la mezquita,  
y viene á devolver la grave afrenta  
á su fé y á sus triunfos inferida.

Él solo, por Granada, va á medirse  
enfrente de las huestes enemigas,  
con los nobles que quieran, uno á uno,  
cruzar sus armas en abierta liza.

Para excitar los bríos del cristiano,  
con temeraria y cínica osadía  
el lema de Pulgar ufano arrastra  
por el suelo, pendiente de la silla.

Frente á las tiendas su corcel revuelve,  
con voz de trueno á la avanzada grita,  
y, ya lanzado el reto, á un verde soto,  
esperando el combate, se retira.

¡Oh! ¿Quién podrá sufrir tamaña ofensa  
que lleva envuelto un mundo de ignominia?  
¿Quién ve impasible, de ludibrio lleno  
el dulce nombre de la Virgen pía?

Nadie: no hay castellano que consienta  
oprobio tal, cuando la Fé le anima  
y alza un templo al honor dentro del alma  
en cuyas aras rinde hasta la vida.

Que del bravo español en el escudo,  
donde su gloria está con sangre escrita,  
el honor y la Fé van enlazados  
formando bella y sin igual divisa.

Ante el reto feroz, cien caballeros  
que más laurel para su frente ansían,  
la régia venia á demandar acuden  
y con transportes de furor se agitan.

Pero mientras reciben de sus reyes  
la señal de partir, suelta la brida  
de impaciente trotón, campo adelante  
vuela un joven, modelo de hidalguía.

Es Garcilasso, cuyos años bullen  
en el albor de juventud florida  
y cuya fama ensalzará ante el mundo  
el blando son de su harmoniosa lira.

En alas del coraje que le exalta,  
llega hasta el pié de la floresta umbría  
donde Tarfe, en la hierba reclinado,  
un triunfo en sus delirios imagina.

El joven español toca el escudo  
del gigante muslín, que vuelve y mira  
con profundo desdén, al ver que un niño  
es quien los odios de su pecho irrita.

Requíerele el donce', pero es en vano,  
nuevo desdén responde á su porfía,  
que no es justo en empresa de tal monta  
ambos luchar con fuerzas tan distintas.

Mas el bravo español, enardecido  
al fuerte impulso de su sangre altiva,  
blande la lanza, y con el cuento hiere  
la ennegrecida faz del islamita.

El moro entonces, como tigre hambriento

que la sangre olfatea de la víctima,  
apercibiendo su nudosa lanza,  
sobre el arzón de su caballo brinca.

Frente á frente los dos, sólo un instante  
se contemplan: después récia embestida  
se dirigen, y al choque de sus hierros  
los duros robles vuelan en astillas.

Las espadas al punto centellean  
que, como sierpes, en el áire silban,  
y al descargar en el arnés sus golpes,  
despiden sin cesar cárdenas chispas.

Y avanzan y revuelven los caballos  
que al agudo acicate se encabritan,  
y el fuego de sus almas se desborda  
como una inundación, de sus pupilas.

Si el ardor del cristiano sigue y crece,  
tal vez su brazo acosa la fatiga,  
que las fuerzas del moro son inmensas  
y ansioso de vencer las multiplica.

Mas Garcilasso, que en su anhelo invoca  
el nombre de la Virgen sacratísima,  
tales alientos en el pecho siente  
que sus cansados nervios se reaniman.

Entonces acomete presuroso,  
y á los tremendos tajos que prodiga,  
de su contrario, con pujanza y brío,  
rompe al fin la coraza damasquina.

Y en la garganta que descubre el moro  
donde sus venas inflamadas hincha,

la espada hasta la cruz rápida esconde  
y de su arzón al suelo le derriba.

Tarfe cayó con el horrible estruendo  
de secular y vigorosa encina  
cuando descuaja el huracán su base  
y la arroja á los antros de una sima.

Al punto el joven hácia el alto cielo  
dirige su mirada agradecida  
y eleva una oración, mientras el moro  
con horrorosa convulsión espíra.

Pronto como trofeo su cabeza,  
manchada en sangre coagulada y fría,  
pendiente del corcel de Garcilasso,  
la gloria y prez del español publica.

Y el cartel rescatado, cuyo lema  
puso miedo en la plebe granadina,  
canta el triunfo de Aquella, cuyo nombre  
es de los mundos eternal delicia.

## V

Granada es ya cristiana: el sol de la victoria  
los timbres castellanos, amante iluminó:  
la raza del Profeta, perdida ya su gloria,  
llorando sus desdichas, al África partió.

---

Descubren los palacios misterios y grandezas  
que muestran del vencido la ciencia y el poder,  
los cármenes ofrecen sus mágicas bellezas,  
y en grutas perfumadas tesoros de placer.

Circula por sus calles extraño movimiento  
como la sangre nueva que afluye al corazón,  
y en todas partes bullen la dicha y el contento  
que aumentan las delicias de tan feliz mansión.

No gimen tras las sombras de espesa celosía  
las bellas bajo el peso de horrible esclavitud,  
que, rotas las cadenas, radiantes de alegría,  
la libertad celebran al son de su laud.

Y vienen de otras tierras bizarros trovadores  
para cantar la fama del granadino Edén,  
y ansían las guirnaldas de tan vistosas flores  
para ceñir sus arpas y coronar su sién.

La Alhambra sublimando su gracia y hermosura  
alberga en su recinto la sacrosanta Cruz,  
y parten de aquel foco que vivido fulgura  
los rayos esplendentes de la cristiana luz.

En polvo convertida, cayó del moro impío  
la aljama portentosa, refugio del Korán:  
sobre sus ruinas yertas un nuevo poderío  
á Dios un templo santo levanta con afán.

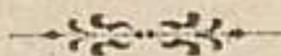
Parece que al conjuro de misterioso ensalmo que lanzan los martillos, su golpe al imprimir, la mole gigantesca, creciendo palmo á palmo, se ve de entre el escombros magnífica surgir.

Y sobre el arco airoso de la maciza puerta el lema AVE MARÍA grabado en piedra está, como atalaya eterno que en incesante alerta por las cristianas glorias amante velará.

Emblema venturoso de amor bendito y santo, el pueblo granadino su dicha mira en él, y al recrear su mente con tan precioso encanto, recuerda la agonía del aterrado infiel.

Así se perpetúa la memorable hazaña conque Pulgar su nombre por siempre enalteció: así el laurel del triunfo se ostenta de la España que en lucha de titanes al moro al fin venció.

Así en un mismo punto y en amoroso lazo de religión y patria el nombre unido va, y mostrará á los siglos el misterioso abrazo que á la hidalguía hispana benigno el Cielo dá.



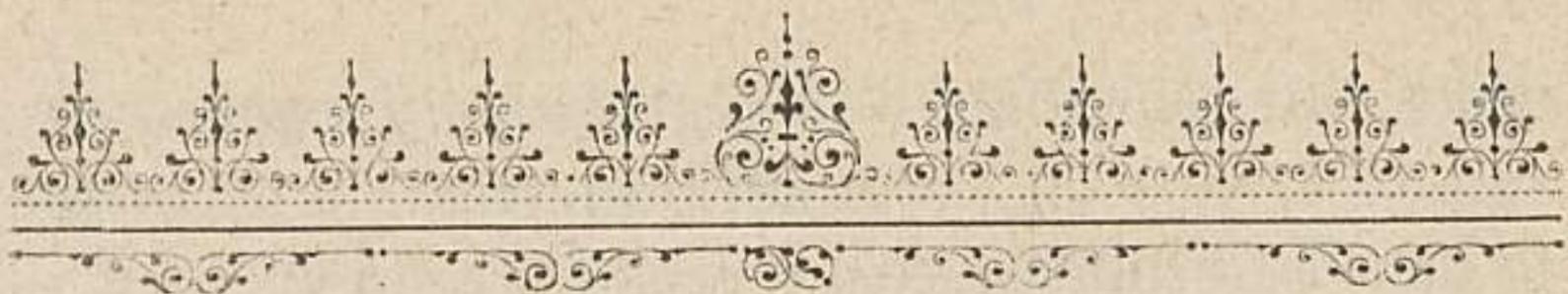


*DECADENCIA*

*LITERARIA*

Conferencia leída por el autor en el Círculo de Bellas Artes de esta capital, en la noche del 26 de Febrero de 1905.





## I

En la penosa vía que la humanidad recorre para el perfeccionamiento del espíritu, no siempre adopta la línea recta como la más breve para llegar al término de sus aspiraciones. Engañada la vista por falsos objetivos; extraviado el raciocinio por artificiosos argumentos cuyas formas galanas deslumbran la imaginación, apártese el entendimiento de la senda que debiera seguir para las conquistas del progreso, y pronto el error tiende su manto nebuloso por los horizontes de las ciencias y de las artes, velando ú oscureciendo completamente los hermosos esplendores de la Verdad y de la Belleza.

Y sin embargo, la humanidad avanza, á pesar de los obstáculos que á su paso encuentra. Avanza, porque su misión providencial la impulsa á buscar la satisfacción de sus deseos infinitos en

una labor inacabable de realidades y esperanzas, siendo á veces el dolor un poderoso acicate que le hace redoblar sus esfuerzos para no caer en el desaliento y en la postración, como si vislumbrara, á través de los sinsabores, el término victorioso de la lucha.

En ese avance de que no puede prescindir, no le faltan ocasiones de reflexionar sobre la situación en que se encuentra, y aun cuando suele tener plena conciencia de sus equivocaciones y medita respecto de su error, porque sabe que va inevitablemente á un abismo, no tiene voluntad bastante para volver sobre sus pasos á fin de enmendar sus yerros, y continúa como caballo desbocado que corre ciego é impetuoso hasta estrellarse ó rendirse de fatiga.

De aquí las decadencias, esas interrupciones fatales en el camino de la cultura y de la civilización, que se convierten en relativos retrocesos, porque tuercen la rectitud de las aspiraciones humanas y determinan un estado anómalo que á veces suele traer consigo una desastrosa inactividad de consecuencias lamentables. De aquí también los esfuerzos titánicos, tanto individuales como colectivos, que las naciones necesitan hacer durante un largo periodo de tiempo, para tornar al punto donde verificóse la solución de continuidad que la misma naturaleza reprueba con lógica irrefutable, si no han de ser

víctimas de sus propias torpezas y de los males que acarrearón sus extravíos.

La época actual es de una decadencia espantosa. Con relación á los adelantos acumulados por las conquistas de tiempos anteriores, que hacían concebir la prosecución de una série de grandiosos portentos como florecencias de variadas y múltiples semillas arrojadas á los campos del saber, acaso no se dará en la historia otro periodo tan lamentable, otra época tan saliente de errores y de mal gasto.

No es la decadencia medio-eval, nacida de los escombros de la civilización romana, amontonados en todas las campiñas europeas por los bárbaros del Norte, en el empuje violento de una avalancha de potencia incontrastable que hundió para siempre un mundo tan admirado por sus grandezas como despreciado por su degeneración. No es tampoco la decadencia del siglo XVIII, por falta de bases científicas que dificultaban el avance de las inteligencias, dando al fanatismo ancho campo para enseñorearse de una sociedad que parecía haber renunciado á las aspiraciones naturales de su encumbramiento.

El primero de esos periodos fué como un letargo de las facultades del espíritu, por dedicar éste todas sus energías y todas sus actividades á las luchas sangrientas á que eran arrastrados los pueblos para la gestación de nuevas y defi

nitivas nacionalidades. Y sin embargo, antes que surgiera la historia escrita para conocimiento de las generaciones futuras, esos mismos pueblos esculpían la grandeza de sus almas y la delicadeza de sus sentimientos en los bloques mármoreos con que formaban las augustas catedrales que todavía en nuestros tiempos asombran las inteligencias y subyugan los corazones. Además, aquellos pueblos, sin entregarse al descanso en sus luchas interminables, como si hubieran de reconstituirse entre los horrores del exterminio, creaban elementos para su futuro desarrollo, no siendo el menos importante el de los idiomas respectivos, en el laberinto y confusión que se produjo al corromperse el latín, la lengua madre, y nacer la profusión de dialectos que detenían las relaciones sociales y entorpecían los adelantos de la facultad inteligente.

La decadencia del siglo XVIII es más bien un cansancio que una tendencia al retroceso; pero no hay duda de que ese cansancio influyó de una manera directa en un estacionamiento lamentable y en un extravío estético de bastante trascendencia. Apagadas las antorchas luminosas de los grandes entendimientos, nada servía de estímulo á los medianos y á los pequeños por falta de iniciativas creadoras, y de ahí las producciones efímeras y los caprichos momentáneos en las formas del arte que ponían en gra-

ve riesgo el buen gusto, cuando no lo sustituían con el churriguerismo y el barroquismo que alcanzaban á casi todas las exteriorizaciones de la Belleza.

Pero compárense esos períodos de decadencia ú otros análogos, con el actual, no dejando de hacer entrar como factores, en la suma de datos, los elementos de civilización de las épocas comparadas, y forzosamente, en buena lógica habrá de deducirse que hemos caído tan hondo, que ya hemos traspasado el borde del abismo y descendemos á pasos agigantados al fondo de la sima.

Acaso á muchos parecerá atrevida la afirmación que acabo de sentar, con arreglo á mis íntimas convicciones, por más que carezco de autoridad y competencia para pretender que mi modesta opinión se considere como incontrovertible. En vista de ello, tal vez los adoradores de la decadencia que arrojan diariamente astillas á la hoguera para sostener el fuego de sus entusiasmos, añadan á este mi atrevimiento algún calificativo de esos que rebuscan para aparentar una erudición que muchos no les conceden. No obstante, voy á permitirme en breves y desaliñadas consideraciones la demostración plena de cuanto he afirmado, y si la pequeñez de mi inteligencia y la escasez de mi instrucción no consiguen que llegue á la cima á donde me

propongo subir, supla el buen sentido de los que me escuchan la deficiencia de mis condiciones y tengan en cuenta la bondad de mis esfuerzos.

## II

Por una especialísima disposición de la naturaleza del hombre, las bellas artes son la manifestación más espontánea del modo de ser de una sociedad, y las que retratan con mayor exactitud los grados de cultura de los pueblos.

Las pirámides de Egipto nos cuentan, á través de los siglos, la soberbia de los Faraones y los alientos gigantescos de una civilización antiquísima influida de supersticiones y extravagancias. Las ruinas de sus templos ciclópeos nos relatan las fuerzas de un poder maravilloso que lucha en un ambiente de barbárie hasta hacer triunfar los esplendores de la inteligencia. Allí encontramos toda la historia de un pueblo, y en sus páginas de piedra leemos la existencia de una de las primeras bases de la cultura universal, pudiéndose deducir, á la vista de tales monumentos, la efectividad de un estado de pro-

greso que marchaba á la cabeza de los adelantos que se conocían entonces en el mundo.

Los cantos de Homero y de Píndaro, retratando lo más excelso de la poesía de todos los siglos; los discursos de Demóstenes, marcando á la elocuencia el verdadero derrotero de su mágia; las obras de Cleómenes y Fidias, molde eterno de la belleza en los límites humanos; los trazados de Zeuxís y Apeles en sus tablas inmortales; la riqueza artística, en fin, que amontonó Grecia durante varios siglos en su suelo privilegiado hasta llegar á ser la fuente universal de lo portentoso y del buen gusto, nos dicen á voces cuánta fué la grandeza de sus pueblos y cuán aventajado concepto debemos formarnos de aquellas generaciones.

No hay que recurrir á la historia escrita para apreciar en toda su extensión la superior calidad de los antiguos griegos: basta con recordar sus obras inmortales: basta con tener una ligera idea de sus artes esplendorosas.

Roma con sus monumentos surge ante nosotros en espíritu; y sin detenernos en sus asombrosos trabajos de legislación que marcaron para todas las edades y para todos los pueblos que habían de nacer los eternos moldes del derecho, fijándonos en sus macizas columnatas, en sus palacios, templos y circos portentosos, lo mismo que en las vibrantes estrofas de Horacio,

en las dulces y esplendorosas concepciones de Virgilio, en las amatorias y tristezas de Ovidio, y en las oraciones elegantes, inspiradas y correctas de Cicerón, leemos una historia de civilización exuberante, una etapa maravillosa y gigantesca que nos lleva á la admiración y al entusiasmo.

Esos pueblos reflejaban en las manifestaciones artísticas todo lo que constituía su personalidad y su verdadero carácter; y por lo que de ellos ha sobrevivido, salvándose del naufragio de los tiempos y de las vicisitudes sociales, como los restos que flotan sobre las aguas después de una furiosa tempestad, venimos en conocimiento íntimo de cuáles y cómo fueron los grados de su civilización.

Pero alejándonos un tanto de las extrañas nacionalidades, y parando la atención tan solo en la nuestra, vano es que declamemos contra la cultura de los siglos XVI y XVII, por si ciertos ideales chocan contra criterios mezquinos de nuestros días, informados por politiquismos egoistas que hacen de la nación un verdadero manicomio.

Para saber si España fué grande ó pequeña durante ese período, fljémonos en sus producciones artísticas, y de su exámen, aunque sea á la ligera, deduciremos la consecuencia que se pretende.

La pintura, en primer término, nos presenta una pléyade de artistas valiosísimos, á cuya cabeza figuran Murillo, Velazquez, Villacis, Ribera, Zurbarán y Alonso Cano, igualándose con los mejores maestros de Italia, y aun aventajándolos y venciéndolos en ocasiones. La escultura tiene, entre otros de gran talla, á Montañés, mientras descuella Juan de Herrera como coloso de la arquitectura, sin amenguar el brillo de muchas eminencias en su arte. Llega á su cumbre la poesía con los fogosos ritmos de Fernando de Herrera y las sentidas y morales consideraciones de Rioja, á la vez que con la sencillez inimitable de Fray Luis de León y las originales producciones de Caro y Quevedo con los hermanos Argensola, y fórmase al mismo tiempo nuestro gran teatro, el primero entre los primeros de todos los teatros del mundo, con las obras inmortales de Lope, Calderón, Moreto, Alarcón, Tirso y Rojas. Y como si todo este conjunto necesitara la coronación más gloriosa que vieran los siglos, destácase sobre tal cúmulo de grandezas el numen de Cervantes, ese titán de las letras humanas que parece crecer y agigantarse al correr de los tiempos, cuyo nombre fulgurará siempre como estrella brillantísima en el cielo luminoso de nuestra patria.

Dedúcese de aquí, que el pueblo que se manifestaba á tan colosal altura en las obras de esos

génios, debió de poseer la mayor y más completa de las civilizaciones de su época, y por lo mismo que encarnaba en sí un espíritu de cultura y grandiosidad en grado máximo, pudo producir y produjo, con efecto, una de las riquezas artísticas más sombrosas que se conocen en la historia de la humanidad.

Siempre ha sido opinión de los más profundos pensadores la creencia de que, á pesar de la libertad individual que cada hombre posee y que le hace tener conciencia á la vez que responsabilidad de sus actos, las colectividades son regidas por una ley superior á su libre albedrío, siendo arrastradas de una manera fatal é irresistible al cumplimiento de un destino de la Providencia. La célebre frase «el hombre marcha, pero Dios lo guía» que dijo Lamartine, es una verdad incontrovertible que se manifiesta en todos los sucesos de la historia.

No son, pues, los hombres, individualmente considerados, los que impulsan el progreso de una nación ó los que la detienen en el desenvolvimiento de su cultura: esos hombres son los productos, las resultancias de un estado general, según la suma de todas las fuerzas individuales, ya prosigan en el desarrollo de su actividad, ya permanezcan en la inacción y en la apatía. Formad un pueblo amante del trabajo y de las conquistas del progreso; haced que sus energías se

entreguen sin descanso á la perfectibilidad de sus sentimientos, al desarrollo de sus facultades inteligentes y al aumento ordenado de sus riquezas, y la representación suya, esto es, los hombres que hayan de guiarlo en los diferentes ramos de la civilización, serán grandes como la colectividad de donde proceden, y sus obras resultarán portentos del espíritu, como monumentos de gloria puestos á perpetuidad para admiración y enseñanza de las generaciones futuras. Por el contrario, quitad la base moral donde se asienta el edificio de la verdadera cultura; borrad el sentimiento de los deberes: llevad á la inteligencia frivolidades sin cuento: haced que la holganza se extienda, huyendo del trabajo que santifica y enaltece, y pronto surgirá la viva representación de ese pueblo en personas que llevarán en sí todas las malas cualidades de sus representados.

Cierto que en los tiempos actuales las conquistas del progreso tienen mayor solidez que en la antigüedad, no sólo por la multiplicación maravillosa de la imprenta, sino por las relaciones comerciales cada vez más difundidas entre todos los países del mundo y por los adelantos de las ciencias que han hecho del pasado siglo y prometen hacer del presente una etapa gigantesca de la humana sabiduría; pero si esto es innegable; si con tan importante apoyo las decaden-

cias tienden á llevar una vida más breve, propendiendo las sociedades á reconstituírse y á equilibrarse con mayor rapidez, no es menos cierto que el positivismo y el materialismo, despertando sentimientos egoístas en el corazón, empequeñecen, aminoran y hasta extinguen los de la belleza, siguiéndose con ello que las decadencias en el arte son más largas y más profundas, porque la prosa vil del negocio es como un montón de cieno arrojado sobre el manto purísimo de la poesía.

Por otra parte, el cosmopolitismo, borrando los sentimientos de tradición, mistificando los tipos y las costumbres locales, destruyendo la sencillez y todo aquello que constituye los rasgos característicos de las regiones, empobrece los elementos genuínos del arte y del buen gusto, sustituyéndolos con otros que pertenecen de derecho á la esfera de distintos conocimientos de diferente índole y objetividad.

## III

La reacción artística del siglo XVIII puede decirse que comienza con Salzillo y se agiganta con Goya; pero desconocido entonces el primero por la pequeñez del medio social en que desenvolvía su numen portentoso, no pudo influir, como el segundo, para señalar el derrotero de las grandes bellezas á los artistas de orden más inferior que habían de seguir las huellas de su inspirado pincel.

Principia entonces la poesía á despertar de su letargo, y á los conatos de Cienfuegos y del primero de los Moratines, sucede Melendez Valdés levantando á más altas regiones el vuelo de su fantasía poderosa, aunque su labor, digna del mayor apláuso, se limita á reproducir con escasa novedad, si bien con vigor y brillantez, los estilos y tendencias de los grandes maestros de las épocas pasadas. Pero á poco surge Quintana, vibrante y esplendoroso cantor de todas las grandezas, coincidiendo con los albores de un gran siglo, y desde entonces la primera de las artes tónicas se siente segura de sí misma y prepara

una época brillantísima, sólo comparable con la que llena con su nombre nuestro siglo de oro.

Ofrecía entonces Europa un espectáculo sublime. Tras el cansancio de las guerras napoleónicas que habían llevado la destrucción y el espanto desde los lindes del Báltico á las riberas del Nilo y desde Cádiz á Moscou, entregábanse los pueblos á las delicias de la paz; y si bien los gérmenes revolucionarios, esparcidos por el tronar de los broncees del moderno César, arraigaban en unas partes y comenzaban á dar su fruto en otras, no existían ya aquellos temores de ser absorbidos unos pueblos por otros en un continuo reformar del mapa europeo, y las ciencias y las artes, en harmónico concierto, se desarrollaban de una manera rapidísima, enalteciendo y abriantando todas las facultades del espíritu.

Aplicábase el vapor á las naves para favorecer los cambios de las producciones terrestres, y aprestábase la locomotora para atravesar las montañas más inaccesibles y poner en práctica el dogma de la fraternidad, uniendo con lazos de amor los pueblos más distantes de la tierra, y cantando un himno de victoria con su penetrante silbido al compás del estruendo de su volante. Estudiábase la aplicación de la electricidad que había de hacer surgir el telégrafo para completar la obra del vapor, y la mecánica se engrandecía á pasos de gigante con el propósito de ele-

var el trabajo á la altura y á la dignidad de las primeras virtudes, como si la inteligencia necesitara nuevos horizontes para desplegar sus alas luminosas y acercarse al trono de Dios, á fin de ver al alcance de su mirada la esplendorosa luz de la Verdad.

Era aquello el amanecer de un hermoso día, del día del progreso, por el que tanto suspiraba el mundo, y en la alborada grandiosa aparecían las aves cantoras, la dorada juventud de nuevos artistas que habían de reflejar en sus producciones el magnífico conjunto que exaltaba su sentimiento é iluminaba su fantasía, como cantan en el fondo de las selvas los ruiseñores y los jilgueros al desvanecerse las sombras de la noche por los primeros rayos de la aurora.

Aquél hermoso amanecer alcanzaba también á nuestra nación que acababa de escribir con su sangre una de las páginas más gloriosas de su independencia; y las primeras ideas de libertad, noble y hóndamente sentidas, sin que nadie pudiera sospechar que andando los tiempos habían de adulterarse para encubrir concupiscencias personales y egoismos de banderías, tuvieron su repercusión natural en el corazón de los artistas, y la poesía, como la más espontánea y expresiva de las bellas artes, fué la primera en reflejar la grandiosidad del nuevo estado de cosas, comenzando á formarse una cadena de flores que, des-

de Quintana hasta Nuñez de Arce, jamás se vió interrumpida por la más ligera solución de continuidad.

Que hubo en esa larga época tendencias al decadentismo, es innegable: que las exageraciones de la escuela neo-romántica y de los que no sabían ver más allá de la superficie de las cosas alteraron en no pocas ocasiones el buen gusto, tampoco puede ponerse en duda: que la difusión del indiferentismo y hasta del excepticismo, unida á la paulatina degeneración de la política viril y de ideas en politiquismo vergonzoso de personalidades, entibiaron exaltaciones artísticas y llevaron á ciertas manifestaciones literarias, con especial á la oratoria, un gerundianismo pronunciado y un churriguerismo de peor género que el de la arquitectura, es otra verdad que nadie se atreverá á desmentir; pero también es cierto que, á pesar de tales vicisitudes, abundaban los paladines de buen gusto, y la gallardía de la forma poética sostúvose con entusiasmo, y cultivóse con esmero, porque existían todavía ideales que cantar, y los grandes pensamientos necesitan formas acabadas y grandiosas, como digno ropaje que revista y abriillante lo que lleva en el fondo la magestad de su indiscutible valor.

No hay para qué citar la pléyade de hombres gloriosos que tanto lustre y fama dieron al arte

literario español en todas sus manifestaciones, especialmente en los géneros lírico y dramático. Dominando el entusiasmo por el culto respetuoso de la belleza, fácil le fué á la música desenvolverse de una manera prodigiosa al par de las letras, sintiéndose á la vez impulsada la pintura para extender su dominio, y llegando á su cumbre la declamación con el rumbo que le trazara el génio portentoso de Romea. De este modo, el conjunto que resultaba de la suma de tales personalidades y producciones artísticas es para nosotros de tanta consideración, que servirá perpétuamente para regocijo y solaz de los que buscan el goce purísimo de las expresiones del sentimiento.

• Pero de pronto, cuando todo hacía presagiar un porvenir esplendoroso para el desarrollo harmónico de todas las artes, surge una densa obscuridad en el cielo de las letras, y comienzan á estrecharse los horizontes para limitar las expansiones del espíritu, desapareciendo los ideales, unos tras otros con vertiginosa rapidez, y estallando en pedazos las cuerdas de aquellas liras de oro que tan melodiosas vibraron en las manos de Espronceda, Zorrilla, Tassara, Bequer y Campoamor.

¿Qué es lo que había acontecido para que tuviera lugar un cambio tan brusco, una transición tan inesperada, como si se borraran de un modo

violento las estelas luminosas que trazaran en su camino los génius de la poesía? Es que, tras rápido crepúsculo, había llegado la noche con su manto de brumas, y aquellas aves cantoras de la alborada, muertas ó envejecidas, cedían, mal de su grado, su puesto á las cornejas y á los buhos que se apresuraban á lanzar siniestros graznidos, en el alborozo que les causaba el reinado de las tinieblas.

¡Ah! El positivismo y el materialismo, entrados en nuestra patria, después de recorrer otras zonas extranjeras, desbordábanse á rios en nuestra incáuta y desprevenida nación; y al envolver cuanto á su paso encontraban, arrollándolo y empujándolo hasta hacerlo desaparecer como en una tromba, no sólo bastardeaban las conciencias y los sentimientos de los que atendían á manejar el timón de la nave del Estado, sino que secaban con su aliento caliginoso y asfixiante las suavidades y las dulzuras del corazón, los sentimientos purísimos en que el espíritu se bañaba para templar las asperezas de las adversidades y los rigores del dolor.

¿Dónde podría encontrarse el sol de la belleza, si sus resplandores estaban velados por la densidad impenetrable de la fealdad de las pasiones? ¿A dónde dirigir la mirada en busca de ideales luminosos, si los placeres groseros de la materia habían arraigado en la sociedad, entronizándose

en lo más profundo del alma, como para ser dueños y señores del presente y del porvenir?

Pero la lógica tenía que imponerse por razón de su destino, y la lógica vino á patentizarnos la consecuencia de una manera inevitable y fatal. La semilla se había sembrado sobre surcos abiertos y preparados para hacerla germinar, y el fruto tenía que sobrevenir. Si las premisas son que el estado de una sociedad se refleja en sus artes, porque ellas han sido siempre el producto lógico, la resultancia natural de su modo de ser, no habían de faltar producciones artísticas que retrataran de una manera fiel la espantosa decadencia de nuestra nación.

Con efecto, esas producciones brotaron al desmoralizarse las costumbres y al desaparecer los bellos ideales, surgiendo de entre ellas, como un aborto, la zarzuela que llaman chica, ese esperpento híbrido de música y poesía lleno de pedestres inverosimilitudes, ese conjunto abigarrado de cantantes sin voz y de ingeniosidades y agudezas, no siempre ajustadas á la moral ni al buen sentido, pero que tanto divierten al profano vulgo de los de arriba y de los de abajo á quien Horacio aconsejaba odiar, y á cuyas fuentes acuden á abreviar tanto los buenos como los malos poetas y todos los músicos de mayor y de menor cuantía.

Aquellas risueñas esperanzas de ópera nacional, á cuya labor venían contribuyendo elementos valiosos que preparaban artistas musicales de la más sólida reputación, quedaron desvanecidos, tal vez para mucho tiempo, y Dios sabe si para siempre, al llevarse á la escena una escuela de tan bajo gusto, en la que el lucro entra como base, para fomentar y explotar la ignorancia de los que tan propensos se sienten á gozar en el atiborramiento de sensualidades á que tanto se inclina el corazón, cuando las pasiones se desencadenan.

Pero como en cualquier estado de la sociedad nada hay absoluto, sino que todo es relativo, en esos montones de deformidades artísticas suelen encontrarse, como rara y agradable excepción, flores hermosas y bien olientes y pequeños diamantes, cuyos aromas ó cuyos resplandores suelen algunas veces llevar al espíritu delicias y recreos que le consuelan y le hacen alentar en una esperanza más ó menos remota de la reconstitución del arte.

Esas flores y diamantes son, sin ningún género de duda, rayos de luz del sol de la Belleza que pugnan por escaparse á través de la nebulosa que los encierra y constriñe, y que suelen iluminar momentáneamente los ennegrecidos horizontes, esmaltando el crespón de sombras que se extiende por todas partes. Son, además, como

un perpétuo alerta que resuena en el fondo de nuestras almas, para demostrarnos que lo esencialmente bello no puede desaparecer de una manera absoluta, aunque nuestra voluntad se incline á la perversión del sentimiento y de las ideas, y que volverá á lucir algún día para nuestra mirada en la cumbre de los cielos.

Mas como la tendencia á lo infinito es innata en nuestro corazón; como el deseo constante de ver siempre un más allá que llene nuestras aspiraciones y satisfaga las exigencias de las facultades de nuestro espíritu, es un anhelo que Dios puso en nuestra finita y pobre naturaleza; como á falta de ideales ciertos nos afanamos por inventar algo que los supla, aunque, por deficiencia de base ó de criterio regulador, el error sustituya á la verdad, la mayor parte de cuantos sienten impulsos artísticos lánzanse desbordados en busca de ese algo que encierre siquiera visos de novedad para satisfacer sus aspiraciones, ya que su corazón siente despego hácia lo que es del tiempo pasado, y las bellezas que califica de arcáicas no consiguen arrancarle el más ligero latido del fondo de su pecho.

En esos tanteos por la obscuridad; en el plausible interés de desgarrar girones de nieblas para hallar la anhelada luz de la belleza, el alma, falta de un guía seguro que la conduzca por firme derrotero, se entrega al delirio en alas de su

propia fantasía, y termina por inventar un artificio de la más completa originalidad, adoptándolo como la forma única, como el *non-plus* de los adelantos, para revestir los pensamientos que se caldean en el fuego de la imaginación.

Tal es el modernismo, que, *velut aegri somnia*, ha tomado asiento en el cerebro de una gran parte de la juventud que se dedica al cultivo de las letras.

#### IV

¿Pero qué es el modernismo?

Antes de tratar de este nuevo rumbo á que se pretende llevar la literatura contemporánea, necesito consignar que no he de aludir, ni aun remotamente, á la personalidad literaria de ningún escritor, siempre digna de respeto, concretándome sólo á continuar el desenvolvimiento de mi tesis en la amplia esfera de las consideraciones meramente literarias, y ateniéndome al criterio que preside en todo lo que llevo dicho, que es como la preparación de cuanto he de decir en la breve parte que me resta.

Y vuelvo á preguntar: ¿Qué es el modernismo? ¿Es una palabra de perpétua actualidad, que, por razón de su significación gramatical, pudo aplicarse á las obras artísticas de las pasadas épocas cuando tuvieron su momento de presente, como puede ser aplicada á las de ahora y podrá aplicarse á las futuras?

Así creo, en mi humilde opinión, que debería entenderse, si sus corifeos no vinieran á demostrar lo contrario. El modernismo, según ellos, es una escuela concreta y precisa, una escuela de perpétuo é indefinido movimiento hácia el porvenir, sin volver nunca los ojos hácia el pasado, buscando siempre lo nuevo, lo no visto, lo no adivinado siquiera, sea esto lo que fuere, adoptándolo por razón de novedad; y así como el protestantismo en religión no admite más autoridad en la interpretación de la Sagrada Escritura que el criterio individual, de la misma manera el literato modernista no acepta otra autoridad literaria que la suya propia, y se considera en ese terreno como infalible.

Basta con esto que podemos llamar ligera síntesis, para comenzar la formación del juicio que el modernismo nos ha de merecer cuando continúe el análisis algo detallado de su estructura, procurando por mi parte no traspasar los lindes de la más completa imparcialidad, á fin de que cuanto piense y cuanto diga no sólo sea una fiel expre-

sión del concepto que debemos tener de esa novísima y especial literatura, sino que además revista todos los caracteres de la seriedad, que es la norma adoptada por mí en este modesto trabajo, hecho sin pretensiones de ningún género.

«Hay que romper ó desechar, por arcaicos, los moldes conocidos» dice el modernista. Y yo pregunto: ¿Pero hay que romper esos moldes por malos? Norabuena que á unos moldes conocidos se añadan otros, para que su número aumente y las formas de las artes se enriquezcan y para que la belleza se desarrolle en un rádio de mayor amplitud; pero lo bueno siempre será bueno, como la música de Mozart, como las obras de Cervantes, como los dramas de Tamayo, como las odas de Fray Luis de León. ¡Solo la ignorancia puede atreverse á poner su mano airada en los preciosos moldes donde vaciaron sus ideas los grandes maestros!

¿Y cuáles son esos moldes nuevos y buenos que pretende darnos el modernismo? Los desconozco. Leo varias obras de los que se llaman modernistas, y sólo veo una tendencia á la borrachera del color. El dibujo no importa: perfecto ó defectuoso, pobre ó rico de composición, de figura ó de concepto, es un accidente secundario: lo importante es mucha fuerza de colorido: mucho carmín, mucho amarillo, mu-

cho verde, mucho azul, que el conjunto deslum-  
bre, que fascine, que aturda. ¿Y el lenguaje?  
Verbos activos como intransitivos, y vice-versa,  
cuando su valor gramatical se desconozca; por-  
que el estudio de la gramática es demasiado  
baladí, y hay que romper las reglas viejas, hay  
que alterar, hay que innovar á todo trance: pa-  
labras enrevesadas y rebuscadas que el uso ja-  
más ha admitido; neologismos á granel, no por  
falta de voces que expresen las ideas, sino por  
adquirir estilo de completa novedad.

Si esos son los moldes que se pretenden im-  
poner, no sé cuáles serán las grandes obras de  
arte literario que puedan producir plumas de  
tan original presente.

¿Y qué diré de la nueva forma de versifica-  
ción? Dominando en primer término lo que no  
vacilo en llamar renglones cortos y largos, colo-  
cados á modo de figuras de geometría, tal vez  
por capricho de innovación, en los que juega el  
verso libre y el asonantado de una manera irre-  
gular y veleidosa, ya por pobreza de estro, ya  
como medio socorrido para el que no sabe  
dominar la rima ni manejar ritmos difíciles, me  
limitaré únicamente á esta ligera consignación  
para no hacer más largas unas consideraciones  
que pudieran romper la unidad del plan que me  
he propuesto, y después de decir que esa forma  
es infinitamente inferior á las que se conocían

antes de la aparición del modernismo, no hay para qué aceptar el molde, cuando los que resultan arcaicos á los ojos de los innovadores han dado hasta ahora mayores y más positivos resultados.

Al llegar á este punto, he de repetir lo que dije poco há acerca de la zarzuela chica, y es que nada hay absoluto en cualquier estado de la sociedad, pues ni todas las escuelas buenas están exentas de vicios y errores ni todas las escuelas malas suelen carecer de algo de bondad. Prescindiendo de que el subjetivismo es de gran importancia y que el literato de escaso numen poco podrá hacer aunque siga una buena escuela mientras que una fantasía brillante y una inteligencia poderosa pueden producir grandes bellezas, á pesar de seguir un sistema deficiente y erróneo, no hay que negar que existen cosas buenas también, aunque pocas, en el modernismo.

Pero esas cosas buenas no son por él, sino á pesar de él. Es el progreso, es la ley eterna del adelanto, de la marcha de la inteligencia hácia lo infinito: es el sello del talento y del sentimiento que se manifiesta siempre en un avance de curso irregular, á veces con lentitud, á veces rápidamente, según los grados de ilustración ó de poder intelectual de quien produce las obras.

Por eso el modernismo, al que como escuela repruebo con todas las energías de mi alma, no será estéril en absoluto, sino que por esa ley de progreso y adelanto que emana de la Eterna Sabiduría, dejará en el campo de las letras, al pasarse de moda, la parte verdadera de su brillante colorido, la amplitud de sus descripciones y algunos acordados tonos de su armonía imitativa.

Pero se dirá por los entusiastas defensores del modernismo: «¿Es que hemos de volver á las églogas de Garcilasso y de Balbuena? ¿Es que hemos de repetir una vez más lo que causó las delicias de nuestros padres y abuelos, pero que hoy carece completamente de aplicación? ¿Es que no tenemos un perfecto derecho de buscar novedades de forma y de expresión, para que el arte se dirija por otros rumbos en busca de los más puros ideales de la belleza?»

Y yo contesto á mi vez en forma interrogativa: ¿Quién aconseja el retroceso ó la detención en la marcha de la inteligencia? ¿Quién no sabe que, al cambiar los tiempos, cambian también los accidentes de la forma literaria? ¿Quién pone trabas al vuelo de la imaginación, cuando pretende remontarse á nuevos horizontes? ¿Quién reprueba lo nuevo, sólo por el carácter de la novedad? ¿No han sido unos grandes innovadores Becquer y Campoamor, sin que falten cona-

tos de innovar en muchas de las esculturales estrofas de Nuñez de Arce? ¿No lo fueron antes Espronceda y Zorrilla? ¿No apareció nuestro inimitable Selgas, mostrando campos magníficos á las letras que enriqueció, cuando se creía que todo estaba repetido y agotado? ¿No fué el mismo Cervantes otro reformador de su época?

Nó: las innovaciones han de ser, como acabo de decir, respecto de los accidentes: la esencia ha de ser intangible: la objetividad ha de ser siempre la misma, porque la belleza es una y el arte no tiene otra finalidad que la realización de la belleza.

¿Y se realiza lo bello, rompiendo las condiciones según las cuales la sensibilidad recibe los movimientos agradables que imprimen las buenas formas, debiendo tener éstas una regularidad general, sin la cual el arte deja de existir? ¿Y se cumplen las leyes que determinan la realización de las formas bellas, despreciando las proporciones harmónicas, ó desatendiendo el dibujo, para embadurnar de almazarrón á brochazo limpio las figuras del cuadro? ¿Y se hace sentir la belleza rebuscando frases, unas veces vacías de sentido, otras falsas en el pensamiento, pero procurando que estén llenas de efectismo, por falta de doctrina para establecer una buena y sólida argumentación? ¿Y se consigue la finalidad del arte, aglomerando vocablos des-

conocidos y que sólo se encuentran en los rincones del diccionario, cuando no se inventan ó se extraen del griego y del latín, en el afán inmoderado de las innovaciones de mal gusto? ¿Y se llega al *summum* del objeto, proscribiendo la sobriedad y estampando adjetivos á granel sin orden ni concierto, sin cuidarse de la propiedad de su significación, sin distinguir el epíteto, entremezclándolos con el abuso de onomatopeyas y de perífrasis inacabables, todo para cubrir con gran aparato la pequeñez del fondo, que, á veces, ni por su cantidad ni por su calidad merece los honores de un trabajo tan fatigoso?

Todo esto, si en ocasiones proviene de extravíos estéticos, á pesar de la innegable cultura de algunos escritores, arrastrados por la corriente de modas frívolas y vanas, en otras nace de la carencia de estudios sérios, por entregarse la mayor parte de los que pretenden ser modernistas á lecturas insubstanciales que para su deléite les proporcionan libros baratos ó les ofrecen á diario periódicos de gran circulación confeccionados al correr de la pluma, y huyendo siempre de las dificultades que llevan consigo las tareas de aprender metódicamente, por principios y por grados, para ir nutriendo la inteligencia y desarrollar el buen gusto.

¡Cómo se malogran de esta manera aptitudes

felicísimas, y qué esperpentos se suelen producir con una literatura que no tiene otros elementos que los del papel, la pluma y el tintero!

Pero nó: yo no culparé jamás en absoluto á los que así proceden. Tienen para mí tales circunstancias atenuantes, que merecen, si no el perdón, alguna indulgencia al menos en las infracciones literarias que cometen. Es el defecto de la época: es el desbarajuste social en que nos encontramos: es la fiebre del vértigo que nos empuja para ir á parar no sabemos á dónde, como si tuviéramos prisa de vivir, de gastar el tesoro inapreciable del tiempo, de devorar sin digerir, en un insaciable deseo de novedades transitorias que nos producen el hastío del presente y nos envuelven en un caos de la más impenetrable obscuridad.

¿Qué podemos pedir, en buena lógica, á la época actual? ¿Qué podemos exigir de la creciente desmoralización que todo lo desorganiza, de la falta de ideales que nos lleva al culto de lo puramente material, de la carencia de esperanzas que nos impide tener fé en las ideas y en los principios que nos conduzcan á un dichoso porvenir?

Las bellas letras, como queda dicho en otro lugar, son el primero y el más importante reflejo artístico del modo de ser de los pueblos, y ved cuál es el estado presente de nuestra lite-

ratura, con especial en la poesía lírica y en el teatro que son el barómetro más natural y espontáneo de la cultura. Las resultancias son tangibles: los efectos son innegables: los frutos que se cosechan no pueden hablar con más elocuencia para convencernos de esta amarga pero indiscutible verdad.

Sin buscar comparaciones ni precedentes en otros países, la decadencia de nuestra nación, de nuestra pobre patria, llegando al más bajo de los niveles con un orden de cosas, ó mejor dicho, con un desorden de procedimientos políticos y administrativos, que nos condujo de una manera fatal é inevitable á los abismos de Cavite y de Santiago de Cuba, no podía faltar á la ley que preside el desenvolvimiento de todas las acciones humanas, y tenía que traer consigo la decadencia rápida de las artes hasta llegar también á su abismo, á su Cavite, acallando los gorgoros de las aves trinadoras, y dando voz á las agoreras para que cantaran con sus estridentes graznidos la llegada de la noche.

De aquí la fiebre del modernismo, pero no del modernismo en sí, tal y como debiera ser en la marcha triunfal del progreso, buscando siempre el adelanto unido á la posible perfección, sino del modernismo manejado por tropel de indoctas plumas, aunque una parte de ellas manifieste pertenecer á ingenios muy aprecia-

bles y entendimientos que pudieran llegar á ser de la más alta estimación, si escogieran otro medio más adecuado y de mejor gusto para llegar al fin que se proponen.

## V

Basta con lo que ligeramente acabo de apuntar, para que se comprenda y se lamente nuestra actual decadencia, de la que no bastan para apartar á la masa general de nuevos escritores los buenos artistas que aun nos quedan como restos gloriosos de una época anterior, y que todavía sostienen, aunque débilmente, la escuela del buen gusto. Basta también con lo dicho, para que no se opine tan á la ligera por algunos que hay que romper los antiguos moldes y crear otros de completa novedad, puesto que ya el clasicismo cultivó las formas más acabadas y perfectas, y el romanticismo trajo los grandes ideales que nos marcan el derrotero que hemos de seguir para asegurar las conquistas del progreso.

Pero se dirá: ¿Quién tiene fuerza bastante para

oponerse á la corriente avasalladora de esas innovaciones febriles, cuando el contágio se ha difundido por todas las clases de la sociedad? ¿Quién se atreve á oponerse abiertamente al gusto dominante y sufrir el desdén de las ignorantes muchedumbres, en vez de obtener sus aplausos que hoy tan alto se cotizan, cuando no sólo en las letras sino que también en los trazados de la pintura ha penetrado el virus del modernismo, y hasta la música y la arquitectura reflejan esos caprichos, donde á veces una imaginación rica y portentosa pone toda la magia de su grandiosidad, para subyugar las atenciones y los sentimientos de los que han de escuchar ó contemplar los efectos del arte?

Nadie desconoce las dificultades que entraña una empresa de naturaleza semejante; pero ¿quién negará á la voluntad potencia suficiente para dirigir á la inteligencia por el buen camino y comenzar, aunque sea de una manera lenta, la obra redentora que nos conduzca á la rehabilitación?

El factor del trabajo, no cantado solamente en himnos, como materia de retórica, por los que en nada lo siguen y lo practican, sino realizado como medio indispensable para obtener el bien social, podría hacer cambiar, en un lapso más ó menos rápido de tiempo, nuestro modo de ser y disminuir ó tal vez borrar nuestros defectos,

consiguiendo que la moral se difundiera y se consolidara, y surgieran ideales que indudablemente habrían de llenar los entendimientos y conmoverían los corazones, porque los ideales, basados en la moral, son el principio generador de toda suerte de grandezas. De esta manera, se puede afirmar de antemano, sin temor de ser desmentidos, que volveríamos á elevarnos á la esfera brillante de donde la desgracia nos hizo descender, cuando, en vez de Cavite y Santiago de Cuba, escribíamos las páginas inmortales de Otumba, Pavía, San Quintín y Lepanto, y las bellas artes en España llegaban al más alto grado de su esplendor.

La literatura es una potencia irresistible, y así como ella, torciendo su rumbo, ha llevado el mal gusto á sus hermanas las bellas artes y ha influido en el decaimiento general, puede hacer, con una voluntad decidida é inflexible, que se reproduzca el equilibrio, porque marchando por la vía recta de su destino y dando alientos para que todos trabajen con entusiasmo y ardor, bien en el estruendo armonioso de las artes mecánicas, bien en el estudio profundo y concienzudo de las ciencias, bien en aportar elementos de progreso en todos los ramos del saber, volvería el reinado del buen gusto con el reinado de la felicidad, renacerían las virtudes cívicas que hoy se hallan borradas por los vicios.

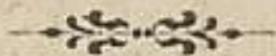
entronizados en todos los órdenes sociales, y al impulso grandioso de los corazones viriles, capaces de sublimes empresas, se harían creaciones en vez de imitaciones raquíticas y serviles, y no habría temores de decadencias desastrosas.

Todo esto puede hacerlo la voluntad, que es la que determina los estados de prosperidad ó decadencia, sirviéndose en primer término de la palanca de las letras, hoy difundidas en alto grado, y que por su facilidad se hallan en condiciones especialísimas para llevar á los hogares entretenimientos de la honestidad más pura y de sólida moral. Así propagando y divulgando públicamente, de una manera sencilla, los asuntos de mayor trascendencia y los problemas más abstractos, para que fueran bien comprendidos hasta por inteligencias medianas, se desarrollaría por todas partes la ilustración y la cultura, hasta consolidarse lo suficiente para resistir el empuje violento de la perversión y de la ignorancia.

Querer es poder, dice un adagio de todos los siglos, que la experiencia ha elevado á la categoría de una verdad: y queriendo, puede la voluntad abrillantar la esfera de la facultad inteligente, perfeccionar los más delicados resortes del sentimiento y sacarnos de nuestra postración que es hoy bastante vergonzosa.

Yo no he perdido por completo las esperan-

zas en el porvenir ni la fé en la Divina Providencia que rige y desenvuelve los destinos humanos. Creo, por el contrario, firmemente, que, si nuestra voluntad se determina alguna vez, antes de llegar á lo más hondo del abismo, á marchar hácia adelante por la verdadera vía con propósitos de luchar en los campos del progreso, llevando por oriflama un ideal purísimo y regenerador, el dedo del Altísimo tocará en la frente de España, y el sol esplendoroso de las glorias, despidiendo torrentes de luz desde lo alto de su trono, volverá á bañar con efluvios celestiales los ámbitos de nuestra pobre y desventurada nación.



# Apéndice

Appendix

## ADVERTENCIA

*Habiéndome manifestado algunos amigos la conveniencia de incluir en el presente volumen el artículo histórico que á continuación verá el amable lector, accedo gustoso á sus deseos, ya que por su contenido se adapta bastante al título de la obra. Este trabajo fué premiado en un certamen abierto por El Diario de Murcia, en 19 de Marzo de 1890, exigiéndose en el programa que los escritos que se presentaran en ese tema, para disputarse el premio señalado, no habían de exceder de las dimensiones que tiene el presente.*

EL AUTOR





de atenerme á los hechos más relevantes, entrando, desde luego, de lleno en lo principal del asunto, en gracia de la brevedad prefijada.

Comenzaré, pues, sentando mi desautorizada opinión, si bien tan imparcial como desinteresada, y manifestaré que en la comparación de los dos monarcas, debemos dar el lugar preferente al sexto de los Fernandos, sin que por eso quede amenguado el brillo de su ilustre sucesor, á quien la fama ha intentado sobreponer, rindiendo con ello culto á las pasiones que tanto vienen predominando en los tiempos de la actualidad.

Fernando VI, acaso por el poco tiempo que llevó la corona sobre sus sienes, acaso también por no haber resonado con frecuencia su nombre en el estrépito de las batallas, ó acaso, acaso por no significar su ministro el gran estadista Marqués de la Ensenada lo que representan ante ciertas tendencias *enciclopedistas* los Condes de Aranda y de Floridablanca, secretarios de Carlos III, poco entusiasmo ha despertado en las generaciones modernas, lo cual es un error lamentable, que trae una perturbación al buscar en la «Maestra de la vida» lecciones y enseñanzas para aprovechamiento de nuestros actos presentes y futuros.

Al heredar Fernando VI el trono de su padre Felipe V, comprendió toda la importancia de su misión y el alto deber que la Providencia le imponía, para procurar á todo trance el engrandeci-

miento de su patria, y esta idea, que puso en práctica desde un principio, no la abandonó hasta el último instante de su reinado.

Con efecto: guerras seculares, á veces de una esterilidad completa, habían conmovido y desgarrado el suelo español: los campos, yermos por falta de cultivo, indicaban la postración de la agricultura: la emigración á las Américas continuaba con creciente gradación: la riqueza nacional agonizaba de una manera visible, y la paz pública se hallaba séria y constantemente amenazada. Para salvar á España de su ruina inminente, necesitábase un carácter enérgico y una voluntad decidida, y este carácter y esta voluntad se hallaban personificados, por fortuna, en Fernando y en su Gobierno.

Por lo pronto el monarca, ayudado por Francia y Nápoles, tuvo que continuar, si bien con feliz éxito, la guerra que aun seguía en los Países Bajos contra los austriacos, aunque no logró contrarrestar el empuje de sus enemigos en Italia; pero atendiendo siempre á la idea de la paz que sentía hondamente y que consideraba como único fundamento de prosperidad y grandeza, no quiso desaprovechar la primera ocasión que se le presentó para realizarla, y salvando la dignidad de la patria, dejó de alimentar la guerra para apartarnos de las calamidades que siempre lleva consigo.

Mientras tanto, Fernando VI se dedicó á poner en práctica su programa de administración que prueba la bondad de sus intenciones, la sabiduría de su asiento, y los muchos recursos que España cuenta para engrandecerse, cuando sus gobernantes tienen un verdadero interés en regirla bien.

En primer lugar, con un cálculo que dió resultados excelentes, rebajó los tributos que siempre son agobiadores y perdonó algunos atrasos en los impuestos. Al mismo tiempo, para facilitar las comunicaciones de los pueblos entre sí, construyó varias carreteras de importancia: destinó á muchas obras de utilidad y hasta de recreo el oro que llegaba de las Américas: abrió en diferentes regiones canales de riego y derivación: favoreció cuanto pudo la agricultura, la industria y las relaciones comerciales, y á más de la riqueza general del reino que atajaba las emigraciones, vióse en pocos años aumentar la individual que es siempre el principio de las grandes empresas.

Atendiendo á la vez al fomento de las ciencias, sin las cuales el progreso humano carece de solidez, protegió las Universidades y establecimientos de instrucción, aumentando y ensanchando los ramos de enseñanza, valiéndose de elementos del país y hasta extranjeros para completarlos en lo posible: hizo en Madrid el

Jardín Botánico y creó la Real Academia de San Fernando, para influir en el desarrollo y florecimiento de las Bellas Artes.

En su política exterior, supo hacer á España respetable ante las demás naciones, y concluyó con Roma el Patronato Real, quedando el rey con derecho de presentar individuos para las altas dignidades y ciertas prebendas y beneficios eclesiásticos.

Por último, con objeto de asegurar nuestras inmensas colonias contra las rapacidades de los ingleses y hacer temible nuestro poder en los mares, y con él el de toda la nación, aumentó considerablemente la marina, y construyó y organizó los tres magníficos arsenales del Ferrol, San Fernando y Cartagena.

Su hermano y sucesor Carlos III, al trocar la corona de Nápoles por la de España, siguió sus huellas en la administración, continuando el florecimiento de la riqueza patria, anheloso de asegurar la felicidad del país.

A más de la terminación y engrandecimiento de los tres arsenales citados y del iniciamiento del canal de Huéscar, hizo un magnífico pantano en la ciudad de Lorca para el mayor desarrollo de la agricultura, abrió nuevas é importantes vías de comunicación, construyó muchos puentes, continuó la población de Águilas, fundó la Ca-

rolina, Belchite y otras de menor vecindario, concluyó las obras del palacio real de Madrid, y creó las sociedades económicas de Amigos del País y el colegio de Artillería de Segovia.

Si en su impulso por el fomento de la riqueza nacional no quedó á espaldas de Fernando VI, en cambio su política interior dejó bastante que desear. Aunque sean dignas de alabanza sus disposiciones acerca del tribunal del Santo Oficio para que no traspasara los límites de sus derechos, no así el acto de debilidad para con sus ministros, dejando expulsar de España de un modo violento á los jesuitas, sin causa justificada, mayormente cuando hallándose depositadas en sus individuos la mayor parte de las ciencias y las artes de su época, hubo de marcarse desde entonces una decadencia intelectual tan considerable, que no se salvó hasta hallarse bastante adelantado el siglo XIX.

Cuanto á su política exterior, puede calificarse de desdichada, siendo muy pocos los actos suyos que merecen aplaudirse. El célebre *Pacto de familia* fué el principio de una série de guerras que habían de absorber gran parte de la riqueza y de la sangre española, sin recoger por ello ópimos frutos para el porvenir. Unicamente la reconquista de la isla de Menorca fué la excepción de esta triste política. Pero en cambio nuestras alternativas en Manila y en Cuba

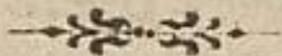
contra los ingleses, la inútil invasión de Portugal para quedarnos sin recursos en medio de la lucha ante el enemigo y dar motivo á que se aumentara el ódio de una nación hermana que debía formar, por ley de naturaleza, una parte integrante de nuestra nacionalidad, la falta de freno impuesta por nuestra escuadra á los piratas argelinos para tener que apelar después á las armas á fin de contenerlos, y el memorable sitio de Gibraltar, valiente protesta de la indignación española, pero sin resultado práctico, no hablan nada en favor de sus cálculos y diplomacia.

Es verdad que en medio de tales perjuicios, seguía la visible protección al desarrollo de los intereses materiales del país; pero cuando Carlos III bajó á la tumba, el estado general era bastante menos próspero que al principio de su reinado.

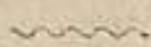
Ahora bien: teniendo presente que Fernando VI y Carlos III se hallaban animados por la misma idea, cual era el bien de la nación, y añadiendo que el primero encontró á España prostrada y abatida y la dejó bastante floreciente y con inmensos recursos pecuniarios en las arcas reales para continuar activamente el desarrollo de su pensamiento, mientras que el segundo, si bien puso los medios para aumentar su prosperidad lesionaba por otra parte los mismos inte-

reses que protegía, claramente se deduce la mayor importancia histórica que para nosotros debe tener el reinado de Fernando VI, pudiendo asegurarse que á él es á quien debe más España, al tratar de relacionarla con las evoluciones del progreso humano.

Posible es que haya contribuido á la exagerada idea de presentarnos como modelo de buenos reyes á Carlos III, la triste realidad de los dos monarcas que le siguieron en el trono, marcando una decadencia gradual y continua hasta concluir con los restos de nuestra pasada grandeza. Pero la verdad siempre se abre paso, por más que hayan tenido empeño en ocultar su luz los propagandistas ó entusiastas de ciertas ideas que comenzaron á desarrollarse en el penúltimo reinado del siglo XVIII.



# INDICE

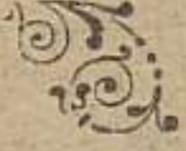


	<u>PÁGINAS</u>
Dedicatoria. . . . .	5
Cuatro palabras. . . . .	11
Odio, amor y celos. . . . .	21
El triunfo del Ave María. . . . .	49
Decadencia literaria. . . . .	77
Apéndice. . . . .	115



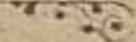
---

# Grandezas del Pasado



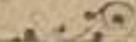
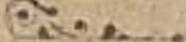
---

Precio: UNA PESETA



---

En las principales librerías y en el domicilio  
del autor, plaza de Sto. Domingo, 9.



---

